

Vasijas de Barro

Dra. Emma de Sosa

PROMUNA

Apartado Postal 30

La Lima, Cortés

Honduras, Centro América

Tel. (504) 668-2132

fax: (504) 668-8031

e-mail: eapinel@yahoo.com

Portada: Elías Rodríguez

Diagramación: Rolando Zelaya

IMPRESIONES ALFA

La Lima, Cortés

Honduras, Centro América

Telfax: (504) 668-1495

e-mail: rigososa@yahoo.com

DEDICATORIA

A cada "vasija" que el Señor tiene preparada para ser llenada de Su gloria en este último tiempo maravilloso para Su iglesia.

A mis hermanos amados que han venido sintiendo que el aceite ya se está poniendo rancio y necesita ser removido, renovado.

Para aquellos siervos y amigos de Dios, que en su afán por agradar al Señor, no han tenido tiempo para disfrutar del vino que contiene su "vasija".

A cada oveja que el Señor me ha permitido apacentar en Sus verdes pastos, deseando que este libro pueda ser para cada uno(a) un verdadero manadero de agua viva.

Con mucho amor para mi esposo Rigoberto Sosa, y a cada uno de mis hijos: Alejandra, Elías, Oscar, Rebeca y Raquel. Para mis nietecitos amados: Oscar Rafael, Sophía Alejandra, Hansi Zoel e Ian Eliseo.

CONTENIDO

1. Prefacio	7
2. Introducción	9
3. El Quebrantamiento	13
4. Las Vasijas en el Bodegón	21
5. La Religión	35
6. El Amor	45
7. El Gozo	63
8. La Paz	67
9. Tiempos de Amores	71
10. Función de las Vasijas	79
11. Uso de las Vasijas	95
12. Recapitulando	105

PREFACIO

El anhelo de mi corazón al escribir este libro, es poder transmitir al lector el sentido espiritual profundo de ser considerados por Dios “Vasijas de Barro”. No deseo solamente suministrarle conocimiento o teoría, ni activar su mente, tampoco pretendo entretener al lector por un rato. Para ello pido humildemente al Espíritu Santo, que Él repose sobre mí todo el tiempo, para que yo pueda ser un instrumento Suyo y que usted mi querido lector, sea ministrado hasta lo más profundo de su hombre interior.

Quisiera compartir con usted mi amado(a) que el 5 de enero de 1999, al comenzar un nuevo año, que prometía ser de mucha bendición, me disponía a darle los últimos toques al libro “Vasijas de Barro” que había estado escribiendo por partes desde hacía algunos meses y en el cual trabajé hasta tarde de la noche. De pronto, no pude encontrarlo en el archivo de computadora, algo había ocurrido con el sistema de computación que borró todo el contenido del libro; tampoco funcionó el archivo de seguridad que la máquina elabora; no tenía copia alguna, ni manera de volver a escribir lo que tenía ya listo.

Sólo pude pensar y creer lo siguiente: Así el enemigo se entrometió para bloquear la bendición que el libro traería al pueblo de Dios; me dispongo en este mismo momento para que la revelación pueda fluir aún más, aunque tenga que comenzar hoy de la nada. Dispóngase entonces usted también, para recibir la unción fresca del Espíritu Santo a través de las páginas de “Vasijas de Barro”.

Vasijas de Barro

INTRODUCCIÓN

Hace unos pocos años un siervo del Señor de un ministerio de la montaña de Pacheco, La Paz, Honduras; tuvo una visión mientras orábamos: “Estábamos varios servidores del Señor, sentados a la mesa; la mesa era bien larga; yo estaba sentada a la cabecera, pero frente a mí había una vasija de aceite, la cual estaba caída y el aceite se había derramado todo sobre la mesa”. Me puse a meditar y a pedirle al Señor la interpretación; claramente aquella vasija era yo misma, el aceite era la unción del Espíritu Santo, y yo la estaba derramando, sin propósito. Supe inmediatamente que Dios nos hace responsables de la buena administración de la unción que El deposita en nosotros. ¿Que significaría “derramar el aceite”?

Un corto tiempo después, fui invitada para compartir en un grupo de crecimiento en un hogar de “Las Mesetas”, San Pedro Sula, Honduras. Al terminar la reunión, una de las anfitrionas del grupo, se acercó a mí, oró y me dijo: “Puedo verla con un cántaro grande, una vasija, llena de agua; es el tiempo de dar esa agua que había estado estancada”. De nuevo medité y pedí revelación al Señor; una vez más entendí que yo era la vasija con agua; el agua es Su Palabra, que por mucho tiempo había estado allí guardada en mi corazón, sin darla a conocer a los demás.

Poco después, a través de unos hermanos en Cristo de La Ceiba, Honduras, conocí a un siervo del Señor, originario de Puerto Cortés, Honduras, quien nació de nuevo en Miami, Fl. Dios nos ligó en el Espíritu de manera

que cuando había alguna necesidad, Dios lo levantaba en intercesión por nosotros. Este varón, cada vez que me veía, en lo natural o en el Espíritu (en oración), comenzaba a lanzar grandes carcajadas, él me dijo: No puedo evitarlo, yo la veo a usted como una tinaja, una gran vasija llena de vino y no puedo evitar experimentar el “gozo”. Dios me confirmaba una vez más que soy una “Vasija de Barro”, para varios usos o funciones. Puedo contener aceite, al igual que agua y además vino.

La unción del Espíritu (aceite) no es nada sin la Palabra (agua), la Palabra a su vez no es nada sin la unción del Espíritu Santo. El vino es el amor, es el gozo, es la paz que sobrepasa todo entendimiento; el vino tipifica claramente el fruto del Espíritu (**Gá. 5:22**). Sabemos que Jesús es la Vid verdadera, estamos injertados en Él, para poder dar fruto. El fruto es la misma esencia de la naturaleza de Dios. La uva, que al ser procesada en el lagar, produce el vino que alegra el corazón y hermosea el rostro.

Nosotros como humanos fuimos creados en Adán, del polvo de la tierra, pero Dios sopló de Su aliento de vida y fuimos hechos seres vivientes. *“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Gn. 2:7)*. El hombre perdió la comunión con Dios por el pecado, pero El envió a Su Hijo Jesucristo para que en El recuperáramos la vida espiritual, el Tesoro que se esconde dentro de este vaso de barro. *“Pero tenemos este Tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2 Co. 4:7)*.

Necesitamos saber que el que viene a morar en nosotros, cuando nacemos de nuevo, es nada menos que el Dios de toda la creación, el Señor del universo; El es el Excelente, El es el Poderoso, El es el Santo, El es el Grande. Nosotros seguimos siendo barro y polvo de la

tierra, y nunca debemos perderlo de vista para que el cántaro no tome la gloria que le corresponde al Tesoro incalculable, a la perla de gran precio.

Cuando hayamos terminado el curso por este mundo, nuestro cuerpo, la olla de barro, volverá al polvo de donde vino; *“Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás” (Gn. 3:19)*. Pero el contenido espiritual permanecerá para siempre, porque el fruto es eterno, permanece

¿Sabe usted como se hace una vasija de barro? El alfarero toma tierra arcillosa, adecuada para ser moldeada, le agrega agua y la amasa con sus dedos, a manera de palpar las pequeñas piedrecillas que pudieran estorbar la obra; las quita y sigue manejando la tierra húmeda, hasta obtener una masa uniforme; luego le da la forma que desea, pasándola una y otra vez por el torno; cuando está lista, con sumo cuidado la deja secar al sol radiante, hasta que la vasija cruda tenga el punto adecuado. Se llegó el momento cumbre, tiempo de hornearlas al fuego vivo. Según el espesor de la vasija, así como también la temperatura del horno, tomará mayor o menor tiempo de cocimiento;. Una vez que sale del fuego la vasija, a veces es necesario lijarlas, pero cuando está satisfecho el alfarero con su obra, les aplica laca o barniz para preservarlas. Ahora tienen un color atractivo. Sin embargo, si se observa posteriormente que hay imperfecciones en la vasija, si se hubiera cuarteado o rajado, si una agarradera está más alta o más pequeña que la otra, ya no hay posibilidad de corregirla; la única alternativa es quebrarla, y hacerla de nuevo.

El propósito de este libro es que primeramente nos veamos al espejo de la Palabra, que seamos confrontados con ella y reconozcamos si necesitamos ser hechos de nuevo por el divino Alfarero. Una vez

Vasijas de Barro

perfeccionada la obra de Dios en la vasija, El mismo a través de Su Espíritu Santo, estará en ella; sea como aceite, o como agua o como vino, o los tres; cada uno en determinado momento.

1. EL QUEBRANTAMIENTO

“Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano; y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla. He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel” (Jer. 18:4,6).

Cuando llegamos al encuentro con Jesús, venimos defectuosos, torcidos, agrietados; aún lo que a nuestros ojos parecía bien, al verlo a la luz de la Palabra y del Espíritu Santo, nos damos cuenta que necesita ser cambiado.

El tesoro (la Vida de Dios) está escondido en vasos de barro (**2 Cor. 4:7**), pero muchas veces apreciamos más la vasija (nuestra alma, nuestro cuerpo) que lo que esta contiene. María de Betania entendió perfectamente el sentido espiritual de esto, e hizo un acto profético, el cual Jesús dejó para enseñanza a los adoradores (**Mt. 26:13**). María, como tipo de la iglesia espiritual, quebró el vaso de alabastro, para que fluyera el perfume de nardo puro, esto agradó al Señor, y llenó toda la casa del perfume (**Jn. 12:1-3**). El verdadero adorador se puede distinguir entre miles, por el olor del perfume, huele a Cristo (**2 Cor. 2:14,14, Ef. 5:2**).

Uno de los estorbos mayores, que deberá ser quitado o doblegado, es la altivez y el orgullo. Todo ser humano tiene en su interior la necesidad de ser reconocido. Creer que siempre tenemos la razón, pensar que los demás están equivocados, es parte del orgullo. El orgullo es contrario a la humildad, ser humilde es depender de Dios

en todo y para todo; es reconocerlo a El en todos nuestros caminos, estar genuinamente agradecido con El y darle la gloria en todo, no sólo de boca, sino desde lo profundo del corazón. Ser quebrantado, implica humillarnos, doblegar el orgullo, aprender de Jesús a ser humilde y manso de corazón. *“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mt. 11:29-30).*

Ser humilde no tiene nada que ver con ser tímido, de pocas palabras, o con vestir ropa confeccionada en el país o comprada de bultos importados a precio de “agachón”; ni tampoco tiene que ver con comer en una glorieta en la calle, ni con andar a pie o en bicicleta. Ser humilde y manso de corazón es depender totalmente de Dios y no de nuestras fuerzas y habilidades; es descansar totalmente en Su gracia, es saber Quien nos compró y Quien va delante de nosotros. Sólo así no estaremos afanosos y nuestra alma estará reposada, aquietada, en medio del quebranto.

La finalidad y el propósito de nuestro Dios al invitarnos a venir a El, para enseñarnos a ser humildes y mansos, para despojarnos de la altivez y el orgullo, es que seamos hechos vasijas nuevas, vasos de honra en la casa de Adonai.

Para comprender como funciona el orgullo (ego, yo) en oposición a la naturaleza de Dios, expondremos brevemente la constitución del hombre.

El hombre, en su género, fue creado por Dios como un ser tripartito con espíritu, alma y cuerpo; Dios pide al hombre (varón o hembra), que sea apartado, santificado para El, en cada una de las tres áreas de su ser; estas a su vez son llevadas a funcionar en orden y armonía; debiendo ser el hombre interior (su espíritu), quien dirija y

gobierne al alma, a través del cuerpo.

El espíritu del hombre fue diseñado para ser templo o morada del Espíritu Santo de Dios. El espíritu humano tiene las siguientes funciones: **1- Conciencia 2- Intuición 3- Comunión**. Debido a que todo hombre tiene un espíritu para contener la Vida de Dios; nadie puede ser feliz ni sentirse realizado o completo, a menos que decida pedirle al Espíritu Santo que venga a ocupar el lugar que le corresponde en su ser. El hombre espiritual es aquel cuyo ser integral (e integrado) está sometido al Espíritu Santo.

Vamos a definir brevemente estas funciones del espíritu humano. La conciencia es la que discierne (juzga espiritualmente) o distingue entre lo bueno y lo malo (**Is. 7:15**). La sangre de Cristo es poderosa para limpiar aun nuestras conciencias de obras muertas (**He. 9:14**), para que se manifieste sólo la vida. La conciencia juzga según lo que ha aprendido a través de la intuición.

La intuición es la función sensitiva del espíritu, a través de la cual recibimos enseñanza de Dios por el mismo Espíritu Santo. *“Y todos tus hijos serán enseñados por Jehová; y se multiplicará la paz de tus hijos”* (**Is. 54:13**).

La comunión es la función de adoración a Dios; o sea que la fusión del hombre con el Espíritu Santo se lleva a cabo en el espíritu; *“Pero el que se une al Señor un espíritu es con El”* (**1 Cor. 6:17**). Adorar es tener continuamente al Espíritu Santo en el lugar que le corresponde en nuestra vida, en el trono de nuestro corazón. La adoración es una forma de vida, un estilo de vida en el Espíritu, en todo tiempo y lugar; no sólo en la iglesia, no sólo cuando estamos entre hermanos, sino en todo lo que hacemos, andamos y pensamos.

El alma es el asiento del “yo” (ego) o sea de la

personalidad del individuo. El alma contiene los pensamientos (raciocinio o intelecto), los sentimientos (emociones) y la voluntad humana. El orgullo no es otra cosa que el levantamiento del “yo” por encima de la deidad de Dios. Es una auto adoración, es sentar al “yo” en el trono que sólo le corresponde a Dios. El yo levantado en nosotros, obstaculiza la adoración, porque nuestros sentidos, nuestra razón y aun nuestros sentimientos se enfocan en la auto exaltación y no en exaltar a Dios.

El cuerpo es el recinto de los cinco sentidos. A través del cuerpo nos relacionamos con el mundo físico, natural, concreto; mediante lo que vemos, oímos, olemos, gustamos y tocamos. El alma sirve de enlace entre el espíritu y el cuerpo.

El hombre sin Cristo tiene su espíritu sin vida (sin el Espíritu Santo) y es dirigido por su alma. La vida del cuerpo (sustento material) en griego se llama “Bios”; la vida del alma se llama “Psyche”; y la vida del espíritu, o sea la vida de Dios es el “Zoe”. El hombre que no ha recibido al Espíritu de Dios en su espíritu, es un ser incompleto, que anda vivo en lo natural, tiene sentimientos y pensamientos (vivo en su alma), pero le falta la “Vida” verdadera. Jesucristo dijo: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn. 14:6)*.

Un hombre puede ser muy intelectual, un triunfador como empresario o profesional, un excelente financista; o pudo haber hecho grandes fortunas; pudiera ser un político prominente; o quizás tenga una familia preciosa, un carro último modelo, una casa decorada con gusto exquisito, viajes por el extranjero. Y todo lo que el alma del hombre pueda desear; pero si su espíritu está inerte, sin vida, sin Dios; nunca tendrá paz y sentirá siempre el vacío que sólo el Espíritu de Dios puede ocupar.

Un hombre espiritual será aquel que responda en base a lo que su espíritu ha recibido del Espíritu Santo a través de la intuición, o sea que es el guiado por el Espíritu de Dios (**Ro. 8:14**). Este hombre es lleno de amor, por lo cual puede juzgar espiritualmente todas las cosas (**1 Cor. 2:15**); no juzgará por apariencia en base a lo que perciben sus sentidos naturales, sino como Dios mismo, que mira el corazón (**1 S. 16:7**).

El hombre natural, la vasija que no ha sido quebrantada, necesita ver para conocer, y aún su conocimiento es limitado; más el hombre que discierne espiritualmente conoce antes de mirar las manifestaciones externas; y su conocimiento es profundo “*cosas que ojo no vio, ni oído oyó*” (**1 Cor. 2:9-12**).

El discernimiento espiritual o intuición muestra los espíritus que controlan o actúan sobre las personas; mientras que el juicio natural reacciona directamente contra las personas.

Cuando un hombre (varón o mujer) decide recibir la Vida espiritual en su interior, recibe al mismo Dios, no recibe una parte, sino el todo de Dios, “*pues Dios no da el Espíritu por medida*” (**Jn. 3:34**). Pero para que ese todo de Dios, ese potencial divino se manifieste a plenitud, es necesario que sujetemos y sometamos nuestra voluntad humana a la voluntad de Dios; que venga el quebrantamiento de la vasija de barro, y Dios mismo irá inundando todo nuestro ser.

Es necesario que nuestro entendimiento y nuestras emociones sean renovados conforme a la Palabra de Dios. El propósito principal de Dios al regenerar nuestro espíritu, es impartirnos Su Vida, para vencer así a la carne (nuestra naturaleza pecaminosa).

Tenemos un caso muy claro en las Escrituras, en la

vida de Saulo de Tarso, quien fue derribado del caballo y traspasado por la luz del Señor, confrontado con Dios, y dejado ciego). Puede imaginar la humillación que implicó para aquel engreído oficial romano, fariseo de fariseos, que llegara un hombre desconocido, un tal Ananías, del cual nada dice la Biblia, a imponer manos sobre sus ojos, para que él recobrarla la vista? El Señor mismo le dijo a Ananías: *“Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre”* (**Hch. 9:15-16**). Posteriormente, Pablo fue llevado al desierto, donde durante tres años Dios trató con él, para convertirlo en una vasija para Su gloria. Dios había escogido a Saulo como vaso de honra, pero este necesitaba padecer para ser quebrantado. Una y otra vez Pablo declaró: *“Oh miserable de mí ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?”* (**Ro. 7:24**).

A nuestra alma (al yo), no le gusta ser quebrantada, no quiere oír de padecimientos; pero sabemos con certeza a través de la Palabra de Dios, que no existe otra forma posible de conocer a Dios y ver Su gloria. Nuestro clamor ha de ser: ¡Oh Dios, hazme una vasija nueva, como a Ti te plazca! Dios mismo buscará los elementos y circunstancias para quebrantarnos, para quebrar la vasija y hacerla de nuevo. En términos generales, este libro trata sobre el quebrantamiento de las vasijas, para que pueda surgir el Tesoro; para que brote y fluya el fruto del Espíritu Santo, Su esencia: Su amor, Su gozo, Su paz.

Vamos a tratar además, estos tres temas importantes: El amor, el gozo y la paz. Estos no pueden manifestarse si no viene el quebrantamiento. ¿Qué es ser quebrantados? Es negarnos a satisfacer a nuestra alma, para obedecer y agradar a Dios. El mundo no puede entender esto, porque el hombre natural busca su

autocomplacencia, aunque sea a costa de la infelicidad de los demás. El hombre espiritual, se niega a sí mismo y encuentra deleite en darse a los demás. Recordemos que *“el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Ro. 14:17)*; cuando la vasija de barro es quebrada, el reino de Dios en nosotros, se hace manifiesto a los demás.

Dios usa Sus instrumentos para lograr Su objetivo, mediante circunstancias y situaciones que parecen duras, cuando el fuego nos quema; pero tendremos paz si podemos discernir que Dios está en el asunto, que El producirá en nosotros una obra primorosa y útil. Dios no es sadista, a El no le interesa provocarnos dolor, ni hacernos sufrir; Su finalidad y Su pensamiento es más elevado, va más allá de los medios, pues El mira el buen propósito para con nosotros, El observa la obra terminada, porque El ve en eternidad. *“He aquí que yo hice al herrero que sopla las ascuas del fuego, y que saca la herramienta para su obra” (Is. 54:16)*.

Vasijas de Barro

2. LAS VASIJAS EN EL BODEGÓN

Cada vasija de barro es hecha cuidadosamente por el Alfarero, pero no se coloca sola, ni aislada, sino que es puesta alrededor de muchas otras vasijas, quizás con diferentes características, color, textura, forma, tamaño; pero todas son vasijas útiles y funcionales en la casa del Padre. Algunas veces, una vasija choca contra la otra, y se hacen añicos, para que pueda ser hecha un vaso nuevo. Aún aquí en el bodegón, mientras esperan ser usadas, cada vasija tiene una función. Estamos hablando por supuesto, de la interrelación de cada uno de nosotros como miembros de un cuerpo o de una familia, dentro de una congregación local y también dentro de la iglesia de Jesucristo en general.

Dios ordenó a Su pueblo celebrar la Fiesta de los Tabernáculos (**Lv. 23:35-38; Dt. 16:13-15**) después de las cosechas, de manera que trajeran cuatro elementos vegetales para construir con ellos la enramada, estos son: mirto o limonario, cidra (tipo de cítrico), palmera (usualmente de dátil), y ramas de sauce. Las ramas de estas plantas se usaban entretrojadas unas con otras para formar la enramada.

Estas tienen las siguientes características: El mirto, no da fruto, pero tiene fragancia. La palma, no tiene olor, pero tiene sabor en el fruto (dátil) que es delicioso para comer. El sauce no tiene ni aroma, ni sabor. La cidra posee tanto olor como sabor. Para el pueblo Israelí, esto significa que en la comunidad existen algunos que leen, estudian y conocen la Palabra, pero no la viven (sólo tienen olor); otros que la viven, pero no la estudian (sólo tienen sabor);

unos la estudian y la viven (olor y sabor); y aquellos que ni la estudian ni la viven (ni olor ni sabor); pero todos son miembros de la comunidad y por lo tanto deben amarlos y respetarlos.

Visto desde nuestra perspectiva, como Iglesia de Jesucristo, como Cuerpo del Señor, como Sus vasijas, las ramas de las diversas plantas entrelazadas entre sí proveen la sombra y cobertura en la casa del Señor, Su iglesia. Diremos que tenemos diferentes características espirituales; unos muestran el fruto del Espíritu, pero no reconocen los dones. Otros manifiestan los dones, pero no hay evidencia de fruto. Hay quienes dan olor y además tienen sabor; pero también existen aquellos que ni lo uno, ni lo otro; que son tan sólo espectadores, pero que de igual manera fueron lavados por la sangre del Cordero, y son parte de la familia de Dios; son una vasija dentro del bodegón.

El Gran Descubrimiento

Quisiera tocar este tema de la relación dentro del Cuerpo, de una forma un tanto gráfica, vista desde mi vivencia personal, sabiendo que los mismos padecimientos ocurren a los hermanos en todo el mundo, irrespectivamente de su ubicación geográfica, del idioma o de la raza.

¡Que alegría cuando descubrí la existencia del Cuerpo de Cristo! Por muchos años, antes de encontrarme con Jesucristo, el concepto del Cuerpo del Señor, era desconocido para mí. Yo concebía las iglesias como un lugar al que uno debía asistir obligatoriamente, me habían dicho que existía uno de los diez mandamientos que hablaba de: "Santificar los domingos y las fiestas de guardar". Era una disciplina, hacerlo me ayudaba a acallar la conciencia por un rato. Sobre todo, en días de celebraciones como "Día de la Madre", "Viernes Santo" o

"Domingo de Ramos o de Resurrección", me sentía inspirada para ir.

Cuando encontré a Jesucristo como el Salvador de mi alma, cuando supe de la existencia de un pueblo que al igual que yo había sido lavado por la sangre del Cordero, comencé a anhelar esas reuniones, no como una obligación, sino como un deleite. Vi la iglesia no como un edificio, sino como un organismo vivo. Fue entonces que comencé a leer la Biblia, la Palabra inspirada por Dios para Su pueblo. Me deleitaba largas horas en escudriñarla; buscaba y rebuscaba, tenía hambre y sed de Dios y Su Palabra; era como si un arca llena de tesoros se había abierto delante de mis ojos y me preguntaba ¿Dónde estaba esto que yo no lo había descubierto? Entré en lo que quizás llamaríamos "El primer amor". No quería perderme ni una sola reunión; a pesar de que tenía una bebé un tanto inquieta, viajaba con ella y mis otros hijos, de día o de noche, varios kilómetros, para estar en la reunión con mis hermanos; los domingos, aún dos veces al día.

En la medida que conocía más el contenido de la Palabra, y que descubría más características humanas (errores, debilidades e imperfecciones) en los líderes y hermanos en general, más lejana miraba la condición actual y real de la iglesia, en relación a lo enseñado por Jesús. Comencé a darme cuenta que hacíamos cosas que la Biblia no las enseña, pero también dejábamos de hacer otras que Jesús enseñó. Me percaté de ¡Cuan imperfecta era mi familia, pero seguía siendo mi familia!. En lo natural, casi siempre hay "una oveja negra" en la familia, pero ese miembro, sigue siendo parte de la familia, aunque no nos guste mucho reconocerlo. Estar dentro de la familia nos dá protección y seguridad, aunque las condiciones estén lejos de ser ideales. En el Arca de Noé había pestilencia, incomodidad, ruido y de

todo; pero era mejor estar dentro del Arca que fuera de ella. Afuera había destrucción, adentro había salvación.

Me deleitaba en estudiar la vida de la iglesia primitiva, el poder, la unción, el amor que se movía entonces; pero nuestra condición en el siglo XX estaba muy distante de lo bíblico. La sed por conocer más de Dios, iba en aumento. Había un deseo imperioso por encontrar a todos aquellos que al igual que yo, estaban insatisfechos con la manera como la iglesia estaba operando. Muy pronto, llegó un punto en mi vida cristiana, en que me sentía hastiada de seguir ordenanzas de hombres, de vivir bajo la ley y condenación; de seguir rituales y doctrinas religiosas. Comencé a conocer cristianos de los ministerios llamados "del Espíritu". Esta autonominación era casi una licencia para hacer muchas cosas que no se describían en ningún lugar en la Biblia; pero había una salida, una buena justificación para ello: el versículo 25 del capítulo 21 del Evangelio según San Juan: "Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir. Amén".

Liderazgo Sin Sanidad

Hoy puedo darme cuenta que todos nosotros como líderes del pueblo de Dios, en algún momento de nuestro ministerio hemos sido heridos, afectados, dañados por otros líderes en posición de autoridad dentro de las iglesias, o aún por las mismas ovejas; pero los heridos, en lugar de haber recibido sanidad y restauración, han ido alimentando su dolor, hasta transformarse en amargura, rechazo, y aún pudiéramos hablar de odio, hacia los "pastores" y hacia "las iglesias locales". Por ejemplo, si alguno de ellos fue afectado por un líder que quiso aprovecharse de él económicamente; la tendencia es generalizar y decir que "todos los pastores buscan quitarle

la lana a las ovejas" o bien que "se están engordando con el dinero del pueblo". Por otro lado, muchos de nosotros, al conocer esos comentarios negativos, por temor nos hemos abstenido de enseñarle al pueblo a conocer la bendición de dar, de sembrar, de despojarse.

Debido a que el llamamiento y los dones de Dios son irrevocables (**Ro. 11:29**), muchos siervos heridos, rechazados, pero con dones y señales que les siguen, han proclamado desde su posición de liderazgo, palabras en contra de la iglesia, del cuerpo local, de los pastores y líderes cristianos. El hecho de que las señales y prodigios les siguen, ha sido una razón suficiente para que muchos piensen que esa es la posición de Dios al respecto. Muchos siervos, han aprovechado su autoridad en la proclamación de la Palabra, para maldecir y condenar a otros en el Cuerpo, por haberles atacado o perseguido doctrinalmente. Esto me hace recordar cuando los samaritanos no recibieron a Jesús, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén. *“Viendo esto, Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consume? Pero Jesús más bien los reprendió, ya que Él no ha venido para perder las almas, sino para salvarlas”* (**Lc. 9:51-56**).

El ego herido hace que se manifiesto el yo, reaccionando en altivez; tal vez sintiéndonos que somos "tan siervos predilectos de Dios, que tenemos derecho a usar la autoridad para hacernos justicia por nosotros mismos", pero la naturaleza de Jesucristo en nosotros, pone en primer lugar la salvación (liberación y restauración) de las vidas, antes que la condenación y la maldición.

Así como la vasija de honra se conoce por el "Tesoro" que lleva adentro, por el aroma a Cristo, así el hijo de Dios se reconoce por el fruto (amor, gozo, paz, paciencia)

(Mt. 7:16, Gá 5:22), no por los dones, ni por el poder, no por su capacidad de congregar multitudes, tampoco por el hecho de que sus profecías se cumplan.

Necesitamos establecer algo claramente: Alguien puede funcionar en los nueve dones del Espíritu Santo, ya que estos operan desde el espíritu del creyente; aunque su alma (mente, sentimientos, voluntad) esté llena de tinieblas, de amargura, de rencor, de juicio. Es interesante saber que cuando Jesucristo bajó a ultratumba, llevó cautiva la cautividad, venció el pecado y la muerte, arrebató a Satanás las llaves del Hades; subió y tomó dones para darlos a los hombres, pero también a los rebeldes (Sal. 68:18, Ef. 4:8). Alguien puede moverse en dones, pero ser rebelde en su corazón, estar muy herido y no desear perdonar; negarse a fluir con la naturaleza de Jesucristo, que es misericordia y amor.

El Aislamiento

Como una reacción casi instintiva causada por el dolor de haber sido heridos y rechazados, muchos hijos de Dios comienzan a aislarse, a sentirse diferentes, especiales, mejores y más espirituales que aquellos que los dañaron. Era muy fácil adaptarse a la palabra: "*Salid de en medio de ellos pueblo mío y no toquéis lo inmundo*" (Is. 52:11). En medio del aislamiento hubo más búsqueda de la revelación espiritual; aunque no necesariamente del fruto del Espíritu (amor, gozo) o sea la naturaleza y el carácter de Jesucristo.

Todos estos acontecimientos, unidos a la revelación espiritual, llegan a constituir un excelente catalizador sobre las heridas sin sanidad y sin restauración, para causar orgullo espiritual y altivez de espíritu. Sin darnos cuenta, mientras combatimos la "religión" entramos en religión. Porque el primer síntoma religioso es creer que sólo nosotros tenemos la razón y que los demás están

errados. El ser juiciosos respecto a lo que los demás creen o practican, es un buen nutriente del espíritu religioso.

El adversario tomó ventaja de la puerta abierta del "orgullo", para hacerles creer que eran suficientemente maduros, que no necesitaban de la familia de Dios, que no tenían por qué someterse a un pastor o líder, ni a nadie más dentro del cuerpo; que ellos tenían al Espíritu Santo y esto bastaba para vivir una vida espiritual. Que "la unción del Santo les enseñaría todas las cosas" (**1 Jn. 2:27**), por lo tanto no necesitaban aprender de los hombres.

Es posible que un creyente bajo esta condición pueda recibir revelaciones, profecías, enseñanzas, en el orden espiritual, pero debido al hecho de estar aislados, de no estar integrados en el Cuerpo, el diablo aprovecha la vanagloria, el orgullo, la autosuficiencia, y sutilmente introduce un espíritu de error. De manera que muchas enseñanzas o doctrinas se han difundido, en base a revelaciones privadas, que no están suficientemente comprobadas en la Palabra, ni aprobadas por el Espíritu Santo que mora en otros miembros del Cuerpo de Cristo.

Entre otras cosas, quizás se ha dicho que no era necesario "diezmar", sino que podían "dar conforme propusieran en su corazón, a quien el Espíritu Santo les indicara y cuando Dios les hablara". Predicaciones como: "Dios ya no está en las iglesias" han afectado muchas vidas en el pueblo de Dios. En verdad no existe iglesia perfecta, para encontrarla, sería necesario salir de nuestra carne, ya no vivir en este medio, morir físicamente e ir al cielo, donde todo es perfecto. Pero aunque haya defectos, debilidades y errores en nuestra familia, sigue siendo nuestra casa.

La Cruz De Cristo

Cuando Jesús se retorció de dolor, con sus palmas traspasadas por los clavos, su cabeza coronada con espinas, sus pies clavadas al madero, había una sola visión: obedecer al Padre, terminar la obra, porque si El llegaba hasta el final, dejaría de ser "el Unigénito", para pasar a ser "el Primogénito" y nosotros Sus hermanos. Cuando El dijo: Consumado es, fuimos reconciliados con el Padre a través de la sangre del Hijo, derramada por nosotros.

Esa posición de Jesús con Sus brazos extendidos, "esa cruz" implica las dos relaciones del hombre con Dios: La relación vertical del hombre con Dios directamente (y viceversa) y la relación horizontal con el Cristo del hermano (y viceversa). No existe un cristianismo vertical solamente; nadie puede decir que ama a Dios si aborrece a su hermano (**1 Jn. 3**).

El Espíritu Santo nos ha bautizado en un Cuerpo (**1 Cor. 12:13**); somos el cuerpo de Cristo (**Ro. 12:5**), cada uno de nosotros, los que fuimos injertados, somos miembros cada uno en particular, con una función necesaria, que debe ser desarrollada. Lo más importante que necesitamos entender es que la naturaleza del cuerpo debe de ser la misma que la de la Cabeza: el amor. La Cabeza no hace nada sin el cuerpo, pero el cuerpo no puede subsistir sin la Cabeza.

El adversario reconoce la protección que existe dentro del Cuerpo local, por eso trata de aislar a los hijos de Dios, dividirlos, separarlos unos de otros, pues entonces serán presa fácil para engañarlos, atormentarlos, envanecerlos, provocar celos y envidias y toda obra de la carne, que se opone al fruto del Espíritu (la naturaleza de Jesús).

La Biblia nos habla del mutuo sometimiento en amor de los unos hacia los otros (**Ef. 5:21**); la naturaleza carnal no desea someterse, la carne siempre desea gobernar, salirse con la suya, tener la razón en todo, busca su propia satisfacción, aunque para ello tenga que aplastar a los demás. La carne no acepta que los demás tengan razón o que puedan ser capaces de hacer algo correcto, “Sólo lo que yo hago”, o “Sólo mis ideas son buenas”. En el sometimiento por amor, necesitamos reconocer que nos equivocamos, que fallamos, y que los demás tienen muchas cosas mejores que las nuestras, que podemos aprender y recibir de ellos, sin importar su condición cultural, social o económica.

Una razón bíblica muy importante para congregarnos dentro de un cuerpo local, es que nos exhortemos unos a otros (**He. 10:25**); recibir y aceptar la exhortación es una buena oportunidad que el Señor nos brinda para que crezcamos y seamos edificados en amor (**Ef. 4:16**).

Ser espiritual es andar en amor; andar en amor es someternos a los demás en el amor y el respeto del Señor. Andar en amor es reconocer la capacidad de Dios en otras vidas, es ver la obra de Cristo en ellos y no sus faltas o debilidades; es dar la vida por los demás, aunque nuestra carne opine que “esa persona no vale la pena”. Si Jesucristo se hubiera fijado en lo que éramos, sabría con certeza que no valía la pena ir a la cruz por nosotros; pero El miró lo que seríamos en El, vio la eternidad del Padre y Su obra consumada, por eso lo hizo, por amor.

El Remanente

La palabra remanente en español, es la traducción que se ha usado para dos palabras griegas: Leimma (aquello que es dejado) como se usa en (**Ro. 11:5**) “Ha quedado un remanente”, y Hupoleimma o Kataleimma (hupo:debajo, kata: abajo) significando disminución, como

en **(Ro. 9:27)** “También Isaías clama tocante a Israel: Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, tan sólo el remanente será salvo”. Realmente la aplicación original de la palabra “remanente” se refiere al pueblo que es salvado a través del Evangelio.

Hemos dado muchas connotaciones y explicaciones a nuestra manera, a este término; y hasta hemos hablado del “remanente del remanente” o bien de “un remanente dentro del remanente”. Cuando nos autodenominamos parte del “remanente”, realmente lo hacemos con el sentido de creernos “un pueblo especial, diferente al resto de los creyentes”. El Espíritu Santo es el que da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios **(Ro. 8:16)**; pero nadie tiene la autoridad para juzgar, ni siquiera en su corazón, que otros no lo sean. Y si acaso nosotros fuéramos privilegiados por haber recibido más visión o revelación en algunas áreas; además de que eso nos convierte en más responsables, pienso que al sentirnos orgullosos o “especiales” por serlo, seríamos automáticamente descalificados; porque “Dios mira de lejos al altivo” **(Sal. 138:6)**.

Es importante recordar que fue el orgullo, la altivez, la vanagloria, lo que hizo a Luzbel ser derribado del cielo y de su posición de adorador **(Ez. 28:11-19)**. Ese sentimiento de superioridad espiritual nos ha hecho menospreciar a muchos de los miembros del Cuerpo.

Estamos en el tiempo de la restauración de todas las cosas, como los profetas han anunciado desde hace mucho tiempo **(Hch. 3:20-21)**. La iglesia o el cuerpo de Cristo no es una excepción, el Espíritu Santo está dispuesto a guiarnos a toda verdad, el Nuevo Pacto habla de conocer a Dios como El es; nos dice que nadie puede hacernos conocer a Dios a través de su experiencia o enseñanza, sino que cada uno de nosotros vamos a vivirlo, a conocerlo, a experimentarlo, viviremos Su Vida.

El ha prometido que Su Palabra y Sus leyes, Su propia naturaleza y carácter estarán en nuestras mentes y en nuestros corazones; eso es restauración (**Jer. 31:31-34**).

El llamamiento de Dios en nosotros es a restaurar, no a desechar. Cuando nos encontramos con alguien dentro del cuerpo, que no está de acuerdo con las expectativas de Dios, conforme a Su Palabra, somos llamados a orar, a interceder, a restaurar en amor.

No debemos temer, porque si somos ovejas de Su prado oímos Su voz, además tenemos la Biblia, que es la Palabra profética más segura (**Jn. 10:14-16, 2 P. 1:19-21**). Como ovejas tuyas también, somos llamados a andar en rebaño, a estar en la majada, en el redil, porque esto nos protege del lobo. La única manera como el amor es madurado y perfeccionado en nosotros es en medio del Cuerpo.

No podemos explicar racionalmente como funciona el misterio del Cuerpo, pero sabemos que lo que le ocurre a un miembro repercute en todos los miembros, para bien o para mal. Todo lo que el cristiano hace o deja de hacer, tiene efecto sobre el resto de los miembros.

Recordemos cuando el pueblo de Israel, al mando de Josué, estaba siendo derrotado por los amorreos; por causa de un anatema que estaba entre ellos. Acán había tomado un manto de Babilonia, tenía dinero y un lingote de oro, que no debería haber tocado. La desobediencia de un hombre afectó a todo un pueblo (capítulo 7 del libro de Josué).

Cuando un miembro del Cuerpo practica pecado, esto es una puerta abierta al enemigo para todo el Cuerpo; porque esto afecta a todo aquel que está acoyuntado con él. De la misma manera, cuando un creyente se santifica, atrae bendición para todos los demás miembros.

Este organismo llamado Cuerpo de Cristo (aquí lo llamaremos el “Bodegón de las Vasijas”), constituye una cobertura de amor, nos asegura la oración intercesora; es como una red muy bien entrelazada, que impide la agresión de espíritus inmundos y nos protege contra el orgullo y el error.

Creemos que en este postrer tiempo, época gloriosa que nos está tocando vivir, Dios se manifestará como nunca antes a Su pueblo, llenando Su casa de Su gloria; gloria es Su naturaleza en el corazón de Sus hijos. Al hablar de Su carácter, hablamos del amor, la humildad, el gozo. o sea el reino de Dios establecido en el corazón del hombre.

Dios nos está llamando a ser un ejemplo, un modelo de Su naturaleza, de Su propósito, de Su voluntad acá en la tierra. Que Su iglesia sea la gloriosa, blanca, pura, sin mancha, sin arruga. Que dejemos al Espíritu Santo dirigir, señorear; para ello necesitamos menguar y que El crezca. Necesitamos desaparecer nosotros y que sólo El sea visto.

El Señor va a ser manifestado a Su Cuerpo, no a individuos aislados. A nivel personal podemos tener revelaciones de Dios, Su naturaleza pueda ser vista en cada uno de nosotros; pero el peso y poder de Su gloria, es para ser admirado en todos Sus santos. ¿Sabe por qué? Porque ninguno de nosotros es suficientemente humilde para soportar el peso de la gloria de Dios, sin llenarse de vanagloria. Es por eso que nadie es dueño de la verdad, sino que la Verdad (Cristo) nos posee a nosotros.

Hay una palabra profética en el libro de Joel, capítulo dos, cuyo cumplimiento es ¡ahora!. Esta palabra habla de ese gran ejército, del pueblo grande y fuerte, en el cual cada quien respeta a su compañero y no estrecha su

camino. Este libro, en particular este capítulo nos habla de la restauración de la iglesia del Señor, habla de la restitución de lo que se comió la oruga, el saltón y el revoltón; habla del derramamiento de la lluvia temprana y tardía a la tierra (el material de las vasijas, el corazón del hombre). La restauración se manifestará en el hecho de que las eras se llenarán de trigo (Palabra que sustenta), los lagares rebosarán de vino y aceite. Lo más tremendo, es que hasta que esto ocurra, después de esta restauración en unidad, será el derramamiento de Su Espíritu sobre toda carne (**Jl. 2:28**).

Cuando Jesús ascendió para pedir al Padre que enviara al “Consolador”, los discípulos esperaron, reunidos, en oración, unánimes, juntos, creyendo lo mismo; hasta entonces descendió el Espíritu Santo sobre ellos.

El propósito del Espíritu Santo al haber repartido dones, ministerios y operaciones a los hombres (**1 Cor. 12:4-6**) es la edificación del Cuerpo, ministrar a los santos, hasta llegar a la unidad; darnos crecimiento para que nos edifiquemos mutuamente en amor (**Ef. 4:8-16**).

Ese derramamiento aclamado y esperado del Espíritu Santo en los postreros tiempos, sólo ocurrirá cuando venga la unidad, cuando entremos en la armonía del Espíritu, cuando el Shalom de Dios se perciba en Su casa; cuando las vasijas nuevas ocupen cada una su ubicación en la casa de Adonai.

3. LA RELIGIÓN

La religiosidad es parte de lo que tiene que ser quebrado en nosotros, para poder ser transparentes con Dios y dejar que Su luz alumbre a través nuestro. En el Huerto del Edén, la voluntad del Padre era que el hombre (varón y mujer) permaneciera desnudo delante de Su presencia, en completa paz y comunión con El (en adoración), siendo enseñados directamente por Dios, teniendo una conciencia pura y limpia, bajo la cobertura directa de Dios. El hombre desobedeció e intentó cubrir su pecado con hojas de higuera o sea con una cobertura propia, temporal, perecedera, nacida de su naturaleza e intención.

Este fue el origen de la religión, donde los delantales de higuera representan hoy día las doctrinas, rituales y acciones que el hombre ejecuta para esconder su realidad de la presencia de Dios. Religión es todo aquello que el hombre hace para intentar ligarse o unirse a Dios (la palabra “religión” viene del griego “religare” que significa “volverse a ligar”). En vista de que sólo la sangre de Jesucristo nos puede reconciliar y ligar a Dios, la actitud de Adán y Eva no agradó a Dios; y en voluntad permisiva, Dios les cubrió de pieles como un substituto. Las pieles tenían implícito el sacrificio de animales (probablemente un cordero) ocurriendo así el primer derramamiento de sangre. Cuando Jesucristo vino, El mismo fue el sacrificio, El mismo derramó Su sangre; y Su cobertura está ahora sobre nosotros los que le hemos recibido; siempre y cuando nos despojemos de las vestiduras viles, de los delantales confeccionados en

base a nuestra propia opinión (**Is. 64:6**).

La cobertura, la comunión, la experiencia con el Padre están ahora accesibles a nosotros por la Sangre poderosa del Cordero que nos reconcilió con el Padre (hizo la paz) y nos introdujo al Lugar Santísimo. Ese es ahora el Nuevo Pacto, que El prometió y que fue sellado en Cristo: *“Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado”* (**Jer. 31:33-34**). Esto nos habla una vez más de conocer a Dios a través de la intuición que es una función del espíritu, que se regenera o cobra vida al recibir al Espíritu Santo; esto incluye la unción del Santo (el aceite) que está en nosotros.

Una vez que Jesucristo nos ha reconciliado con el Padre, podemos disfrutar con El de la paz y la comunión espiritual, nuestra conciencia es limpiada de la obra muerta y la intuición es despertada. La Palabra de Dios en nuestra mente y en nuestro corazón es para limpieza y restauración de nuestra alma; se refiere a cielos nuevos y tierra nueva (**Is. 65:17; 66:22**). Cuando esta limpieza viene, trae consigo la eliminación de la religiosidad en nosotros; ya no vamos a necesitar delantales, rituales, conceptos humanos, ni tampoco cubrir nuestra deuda de pecado, porque El lo eliminó todo, con el poder de Su sangre al darnos Su paz en la cruz.

Todo aquel que después del sacrificio ofrecido por el Cordero por nosotros, para reconciliarnos con el Padre, quiera conocer a Dios a través de sus sentidos, se verá frustrado. Es necesario ser más sensible en el espíritu y menos en lo natural para poder experimentar y conocer a

Dios. Entre más le conocemos y mayor comunión tenemos con El, más fácil será (y llegará a ser normal en nosotros) discernir y juzgar espiritualmente entre lo que agrada a Dios y lo que no le agrada; entre lo que lleva en sí la vida de Dios y lo que sólo viene a estimular el alma o los sentidos del cuerpo.

Cuando el hombre trata de reproducir los eventos dirigidos por Dios, entra en imitación, falsificación, religión. La religión trae consigo una falsa apariencia de piedad; cambio externo, forma agradable, pero carente de vida y contenido interior. En vista de que el espíritu religioso es innato al hombre natural, es necesario renunciar a él y combatirlo, al venir a Cristo; evitar ponernos delantales, ir delante de Su presencia tal cual somos, para que El nos lave, nos limpie y nos transforme de adentro hacia afuera.

El hombre, por muy ungido que este sea, no puede convertir a ningún hombre, no puede cambiarle el corazón a nadie, por cambiarle su vestimenta exterior; tampoco puede arrancarle la idolatría del corazón por botarle los dijes, amuletos, estampas, estatuillas, televisores, revistas pornográficas, joyas. Sólo el Espíritu Santo puede llevarnos a toda verdad y darnos convicción de lo que a Dios le agrada y lo que no le agrada.

Nosotros con nuestra carne no podemos vencer la carne, tiene que ser con la fuerza del Espíritu Santo *“Entonces respondió y me habló diciendo: Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6); “Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, y estando prontos para castigar toda*

desobediencia cuando vuestra obediencia sea perfecta” (2 Cor. 10:4-6).

Muchos líderes religiosos dicen y enseñan a las personas que para recibir a Jesucristo deben dejar los malos hábitos, las malas palabras, el alcohol, la droga, el cigarrillo; es más, le piden a las mujeres que alarguen el ruedo de la falda, se quiten los aretes o anillos y por supuesto el maquillaje; piensan que hacer esto los identificará como cristianos; estas actitudes externas siguen siendo como los delantales de higuera.

Cuando el Espíritu Santo llena el espíritu del hombre, y el hombre entabla comunión con Dios, El le imparte continuamente de Su Vida, de Su Gracia, hasta que el hombre pierde el interés por las cosas vanas y temporales de este mundo y sus ojos están puestos sólo en las cosas de arriba. La Vida y la Luz de Cristo irán disipando toda tiniebla del interior, incluyendo las palabras corrompidas, los vicios y demás. Cuando el corazón esté lleno de la esencia de Dios, de la abundancia del corazón hablará la boca (Mt. 12:34).

Hay una diferencia entre llenarnos de Su Vida, para que la luz (Jn. 1:4) dispersen las tinieblas; y querer erradicar o hacer retroceder las tinieblas con fuerza humana (llamada fuerza de voluntad, que es una función del alma). Por ejemplo, cuando una persona nos insulta, si nos mordemos los labios y contamos hasta cien para evitar responderle mal, quiere decir que estamos reprimiendo la carne (el yo); pero si cuando alguien nos insulta no sentimos malestar alguno, ni necesitamos hacer ningún esfuerzo para quedarnos callados, quiere decir que la vasija ya ha sido quebrantada; que en esa área estamos verdaderamente crucificados con Cristo.

Debemos reconocer que en nosotros no hay nada bueno, que sólo el Padre es bueno (y lo que proviene de El). *“El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay*

bueno sino uno: Dios” (Mt. 19:17). “¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Ro. 3:9-12).

El corazón del hombre es malo y engañoso desde el Huerto (**Gn. 6:5, Jer. 17:9**). La religión es aliada de las tinieblas, pues cambia lo externo, las formas, pero deja oculta la maldad del corazón. Esta misma maldad se manifiesta en juzgar y criticar a los demás, creyéndonos mejores que ellos, por la apariencia exterior que portamos.

Vamos a citar un ejemplo de lo que estamos hablando: Un hombre (varón o mujer) cuya vida está llena de tinieblas, angustia, inseguridad, temores, incredulidad, lo cual lo ha llevado a la adicción de fumar incesantemente para combatir la ansiedad, para él es una necesidad imperiosa portar siempre una cajetilla de cigarrillos en su bolsa. Cuando él llega a una congregación en la cual predomina el espíritu religioso, le enseñan que el cristiano no debe fumar, por lo que él hace acopio de toda su fuerza de voluntad, deja de fumar, ya no carga una cajetilla de cigarrillos, sino que la ha cambiado por goma de mascar (chiclets). Acá operó la religión, cambiando lo externo, sin llegar al corazón. Sin embargo, si esta misma persona es ministrada por el Espíritu Santo, Él quitará su angustia, le libraré de los temores, ansiedades, e inseguridad; y como una consecuencia, un día ya no necesitará fumar, ni masticar chiclets, ni ningún otro sustituto; porque habrá sido la vida del Espíritu tomando lugar donde había oscuridad, maldad y muerte en el corazón.

El hombre viejo en nosotros es como una planta

(cizaña) que ha crecido por muchos años; esta necesita ser desarraigada de raíz para darle lugar al trigo. Si con fuerza de voluntad dejamos de practicar todas las cosas que mencionamos antes, esto equivale a podarle las ramas a la planta, y la poda tendría que ser continua y constante, porque las ramas vuelven a brotar. Cuando la luz del Espíritu Santo en nosotros vence la tiniebla, es porque la planta ha sido desarraigada desde la raíz, y podemos tener la seguridad de que nunca más brotará, porque no puede haber retoño donde no existe tronco.

Muchos de nosotros en el pueblo de Dios perecemos porque nos falta conocimiento, como dijo el Profeta Oseas, pero lo que necesitamos no es más letra, sino un conocimiento a través del espíritu, de como actúa y piensa la persona del Espíritu Santo. Necesitamos desarrollar la intuición espiritual para conocerle a Él, no a través de nuestros sentidos naturales, sino en nuestro espíritu.

Quisiera compartirles acá una experiencia que tuve en relación al espíritu religioso en mi vida. Hace unos siete años, me dí cuenta que mi experiencia con Dios y Su obra, había sido en gran medida religiosa, debido a lo que aprendí de los vasos que Dios usó para guiar mi vida en esa primera etapa de mi caminar en el Señor. De manera que me dediqué a entrar en mayor comunión con ministerios “no religiosos”, y a combatir la religión, hasta considerarme libre de ella. Para fines de 1996 el Señor nos permitió a mi esposo y a mí, asistir a una conferencia internacional del Ministerio del Apóstol Rony Chaves, en San José Costa Rica. Yo ignoraba con lo que me iba a encontrar. La inauguración fue glamorosa, pomposa, llena de luces, colorido, danza, desfiles algo que nunca había visto antes; era extraño para mí, mis ojos no lograban captar todo lo que mi espíritu estaba recibiendo. En medio de aquello que mi mente no podía relacionar con un

evento cristiano, había algo extraño, mi espíritu percibía la fuerte unción del Espíritu Santo, la alabanza era ungida, Dios estaba en el asunto.

A la mañana siguiente, mientras muy temprano y bajo la llovizna matutina esperábamos el autobús que nos iba a conducir del Centro Cristiano de San José al Hotel Herradura Inn, sede de la convención, en mi mente le inquirí al Señor: ¿Cómo puede haber un ministerio de danza, que practica, que se coordina, que se aprenden los pasos, en lugar de ser libre, dirigidos por el Espíritu Santo? Inmediatamente vino la voz suave del Espíritu Santo a mi corazón: “Así como existe y aceptan el ministerio de alabanza, que practica, aprenden los cantos y se coordinan”. Era algo muy sencillo, pero tenía que venir de Dios para que hiciera tal impacto en mi vida y ministerio.

Puede comprender que hay un nivel más profundo donde Dios puede tomar a un ministro de alabanza y fluir en adoración totalmente del Espíritu; como puede tomar a alguien y hacerle bailar en Su presencia, fuera de toda rutina.

Era el último día de la convención, había expectación por parte de casi todos, esperando al conferencista que era también el escogido para la clausura; yo pensé ver un ministro impecablemente vestido, que compartiera alguna profundidad bíblica. Llegó el momento esperado, aparece el predicador, el Pastor Raúl Guido Avila de Venezuela. ¡Que impacto! Yo estaba frente a un hombre regordete, de estatura baja, con sus cabellos hasta los hombros, una gruesa cadena de oro alrededor de su cuello. Comenzó hablando en voz suave y natural, hasta tenía un papel en la mano, del mensaje que iba a compartir; pero de pronto la unción de Dios estaba sobre él, un mensaje como nunca antes había escuchado, ese hombre impactó mi vida para siempre; no él, sino lo que Dios ha depositado

en él; su presencia causó confusión, y su forma de hablar, causó más todavía, hasta el punto que algunas personas abandonaron el salón.

Unos minutos antes de que él terminara su predicación, el Espíritu Santo vino a mi oído espiritual y me dijo: “Él va a llamar a los pastores para orar por ellos, tú deber pasar al frente”. Al rato aquel varón hizo el llamado específico para los pastores, pasé corriendo, fui la primera en la fila; ni siquiera recuerdo si él llegó a imponer sus manos sobre mí, lo que sí recuerdo es que de pronto, el Espíritu Santo me tumbó al piso (algo que casi nunca me había ocurrido en los varios años de caminar con Jesucristo, a pesar de que otros lo habían experimentado al imponerles yo las manos); comencé a llorar incesantemente, mi lengua estaba trabada, como cuando alguien recibe lenguas del Espíritu por vez primera; no podía controlar aquello, y permanecí allí por casi media hora. No entendía lo que me estaba pasando, pero El Espíritu Santo vino de nuevo a mi oído y me dijo: “Te estoy liberando del espíritu religioso”.

Demás está decirles que ese viaje cambió mi vida e impactó el ministerio. Dios sigue haciendo una obra renovadora en mí, y anhelo que no cese hasta que sea completada y yo pueda ser una vasija nueva y limpia en la casa de Adonai.

Lo Bueno De Dios Y Lo Bueno Del Hombre

Parece fácil para nuestro razonamiento humano saber lo que le agrada a Dios y lo que no le agrada; y pudiera serlo, cuando se trata de situaciones visiblemente identificables, tales como matar, hurtar, fornicar, adulterar. Lo difícil es cuando las cosas se ven buenas, parecen buenas; y hasta pudieran ser realmente buenas, pero no las que Dios quiere de nosotros en ese momento.

Es posible que un cierto día hagamos algo que brota espontáneamente de un corazón sincero y agradecemos a Dios; pero el querer emular aquel momento, la repetición con intención de provocar ciertos resultados, pudiera desagradar al Señor por no tratarse de un gesto original, genuino, movido por el Espíritu Santo de Dios.

Es muy importante saber donde se originan nuestras acciones, si en la buena intención del hombre que desea a su manera agradar a Dios, o si en el mismo Espíritu de Dios. Nuestro Dios tiene cuidado de todo nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo, pero Él está muy interesado en la verdadera Vida, la del Espíritu, porque Él sabe y conoce que solamente lo nacido o engendrado en el espíritu, permanece para siempre. Esta verdad incluye la prosperidad (**3 Jn. 2**).

El alma puede imitar, o intentar falsificar los frutos del Espíritu, pero esto no será el reino de Dios en el corazón; porque vivir el reino es vivir la justicia, la paz, y el gozo verdadero en el Espíritu. Por ejemplo, el amor puede ser imitado por la pasión o el romanticismo, pero esto no va a perdurar, mientras que el amor es eterno. La alegría pudiera confundirse con el gozo, pero el gozo permanecerá en medio de la tribulación, mientras la alegría se va cuando llega el problema, pues es producida por el estímulo externo y temporal. Algunas personas cuando llegan a un lugar callado, silencioso (hasta pudiera ser un cementerio o un hospital) pudieran exclamar: ¡Que paz se siente en este lugar! Pero está lejos de ser el fruto del Espíritu, el cual siempre dirige el corazón del hombre a Dios, Quien lo establece en Su reino.

Alguien pudiera parecer humilde porque dice: “Damos la gloria y la alabanza a nuestro Dios”, pero muy dentro puede estar creyendo en su corazón “Yo lo hago muy bien, tengo carisma, tengo unción para orar, me salió

preciosa la predicación, la gente se fue impactada.” Sólo Dios conoce y escudriña lo más profundo del corazón; por eso Él es el que sabe y conoce qué clase de implementos son necesarios para quebrantar cada vaso de barro, el que tanto hemos cuidado, y cuya dureza se opone a que el Tesoro surja en verdad.

Una de las condiciones inherentes al hombre natural es la religión o religiosidad, la cual sirve para cubrir temporalmente nuestra desnudez, pero carece de la vida del Espíritu, porque nace de la conciencia caída del hombre y la culpabilidad; la religión busca complacer la demanda externa y de apariencia de los hombres, mientras la vida del Espíritu en nosotros anhela complacer a Dios. Hay muchas actitudes religiosas que al hombre pueden parecerle buenas y no ser así del punto de vista de Dios.

4. EL AMOR

Dios es amor y ese amor está dentro de cada vasija que tiene al Espíritu Santo de Dios. Sin embargo, “amor” es quizás la palabra más popular del vocabulario de cada idioma de todos los habitantes del planeta tierra, aunque no conozcan a Dios. El amor es la inspiración de los poetas, de los pintores y cantantes. Por amor dicen casarse las personas, pero por falta de amor se divorcian; por esta misma causa se rebelan los hijos y buscan refugio en las drogas, las maras (pandillas) y el ocultismo. Por ausencia del amor es que ocurre el adulterio, muchos matan y otros se suicidan.

Por muchísimos años el hombre ha dicho que “El amor es el sentimiento más noble del ser humano”, que “Sólo el amor de madre es perfecto y no es egoísta”. Necesitamos desafiar al mundo y sus conceptos naturales a través de la Verdad de la Palabra de Dios. Los sentimientos son temporales y perecederos, cambian o menguan con las circunstancias y en reacción a las acciones de otras personas. Este sentimiento del cual el mundo habla y al cual le llaman amor, es realmente una mezcla de pasión, con romanticismo, ilusión y posesividad. Es una emoción que se produce como respuesta a un estímulo, oímos decir por ejemplo: “Cuando mi hijo se porta bien, es tan precioso, que siento que lo quiero mucho”; “Mi esposo viene temprano a casa, me lleva a cenar afuera, o me trae regalitos y me dice piropos al oído; él es un gran esposo, por eso lo amo tanto. que hasta lo adoro”.

Cuando un varón y una mujer se encuentran y sus miradas coinciden, el brillo de sus ojos aumenta, se

atraen, sienten un mariposeo en el estómago; se enamoran. Y ambos se miran el uno al otro como la oportunidad de llenar los vacíos de su alma, alguien para mitigar su soledad, una compañía en todo tiempo, alguien para depender de él (ella); hasta el punto de decirle “No puedo vivir sin tí”. Es tanto el deseo de pasar el tiempo juntos, que las horas son muy cortas, el tiempo corre con demasiada velocidad. Se despiden en la puerta de la casa, una y otra vez, luego en el portón varias veces, él se aleja y ella entra, hasta que lo ve a él desaparecer en el horizonte, queriéndolo retener con su mirada. Llega él a casa y vuelve a llamarla por teléfono para decirle buenas noches, pero la despedida se prolonga por casi una hora en el auricular. Si van en carro, se las ingenian para acomodarse en el asiento destinado para una sola persona, como queriendo incrustarse el uno en el otro. Ella pasa distraída en sus labores, no quiere ni comer, todo se le olvida. El no quiere casi trabajar por estar acompañándola a ella en todo tiempo. Están tan enamorados, que desean casarse lo antes posible, vivir juntos y tener un mundo sólo para los dos.

Cuando hemos observado o vivido en carne propia esta escena, nos preguntamos ¿Cómo es posible que pueda ocurrir lo que observamos unos cuantos años más tarde? Ella se siente sola, abandonada y triste; el esposo ya no repara en que ella es bonita, porque ahora ella pasa untada de pasta de tomate, las manos olorosas a cloro; y salpicado el hombro de cuando en cuando, de la leche vomitada por su bebé. Ya no pueden viajar muy juntos porque hace mucho calor, o porque el niño tiene que ir en medio, o la bolsa de pañales tal vez; tampoco pueden salir a cenar afuera, porque la vida está muy cara y el presupuesto no alcanza.

El llega cansado, con deseos de encontrar un remanso de paz, pero el recibimiento es un grito muy efusivo: “¡Que bueno que llegaste para que me ayudes

con este zipote que no me ha dejado hacer nada en todo el día!” Pero él no quiere saber de eso, él quiere ver televisión y que la cena esté lista, porque viene con mucha hambre; de pronto explota: ¿Y qué se supone que has estado haciendo todo el día, que ni siquiera tenés la comida lista, además de que la casa está hecha un desorden?. Usted se preguntará ¿Qué pasó si se amaban tanto?

Necesitamos conocer lo que verdaderamente es el amor: “Dios es amor y el amor es Dios”. Solamente a través de Jesucristo y el Espíritu Santo viviendo en nosotros podemos conocer y experimentar el amor. No podemos amar ni a Dios, ni a nosotros mismos, ni al prójimo, si no hemos recibido en nosotros el amor de Dios, que a su vez nos capacita para amar. Necesitamos el amor de Dios en nuestros corazones, aún para poder percibir que otros nos aman con el amor de Dios.

Podemos tener la certeza de que “El amor no es un sentimiento sino una decisión”. Para poder experimentar ese amor verdadero, permanente, es necesario reconocer que Jesús murió por nosotros, para reconciliarnos con el Padre, que ascendió a los cielos para sentarse a la derecha del Padre, pero envió a Su Espíritu Santo para que viniera a esta tierra a morar en todo aquel que crea y proclame esta verdad. Cuando recibimos esta verdad y al Espíritu Santo en nuestro corazón, el amor de Dios es derramado en nosotros, juntamente con El (**Ro. 5:5**). Una vez teniendo ese amor en nosotros, decidimos dejarlo fluir hacia los demás, sea hacia la esposa, o a la madre o al hijo; la esencia es siempre la misma: El amor.

Es por esto que el mundo no puede amar, porque no conoce esta verdad. Sin Cristo en el corazón, nadie puede amar, aunque se crea la mejor madre (o el mejor padre) del mundo. El hombre (varón o mujer) puede tener expresiones o demostraciones de cariño o simpatía, nacidas de los sentimientos humanos, que un día

perecen. El amor que es nacido de Dios, usa las emociones para manifestarse, pero su origen está en Dios, por tanto Su naturaleza es eterna, “todo lo cree, todo lo soporta, nunca deja de ser.” (1 **Cor. 13:4-8**).

Para poder permitir que el amor de Dios en nosotros fluya hacia el prójimo, empezando por los más cercanos a nosotros; es necesario dejar que primero fluya dentro de nosotros mismos para ser sanados, liberados; saber que somos aceptados por Dios mismo. Amarnos y aceptarnos a nosotros mismos, como imagen y semejanza de Dios. Si nos autorechazamos, no podemos decir que nos amamos. Hoy es un buen momento para renunciar al autorechazo, al autodesamor; ahora es el tiempo agradable para amarnos, como Dios nos ama.

En el nuevo y gran mandamiento de Jesús para los hijos de Dios (**Mt. 22: 37-39**), hay un orden ineludible: 1- Amar al Señor por sobre todo 2- A nosotros mismos 3- Al prójimo como a nosotros mismos. Una vez recibido el amor de Dios en nuestros corazones, podremos con él, amar a Dios por sobre todo y todos, nos amaremos a nosotros mismos y por consiguiente a los demás.

Si acaso usted, mi amado(a) lector(a) es una persona casada, pero usted contrajo matrimonio antes de encontrarse con Jesús y Su infinito amor; hoy es el momento también, de tomar la decisión en Cristo, de amar a su cónyuge, a pesar de cualquier diferencia; ahora que usted ya ha sido lleno(a) del amor de Dios, al recibir al Espíritu Santo, puede levantarse en contra de su yo herido, al decidir amar a su compañero(a), a pesar de sus actitudes, a pesar de sus defectos; vamos a creer la Palabra de Dios que nos dice que el amor cubre multitud de faltas, y entonces le veremos como Dios le mira (**Pr. 10:12; 1 P. 4:8; 1 Cor. 13:4-7**).

El hijo de Dios, que ha sido saturado de Su amor, no puede pensar siquiera, ni decir: “Es que ya el amor entre

nosotros murió”; el amor nunca deja de ser; y si lo que un día existió (que algunos mal llamaron amor) se extinguió, este es el mejor momento para tomar la decisión de permitirle a Dios que sea Su amor, fresco, nuevo, que inunde nuestro ser y salga para bendecir a los demás, comenzando por los que viven con nosotros. El Señor mismo pondrá luego las palabras adecuadas, los gestos y detalles especiales, para cultivar y alimentar ese amor. Si queremos obedecer a Dios; si anhelamos ser una vasija de honra en la mano de nuestro Dios, hemos de cumplir Su Palabra que nos manda a amar, aun a nuestros enemigos (**Mt. 5:44**).

Dios es amor, y por eso El mismo nos regala una hermosa promesa a través de Su Palabra *“El Señor está en medio de tí, poderoso, él salvará; se gozará sobre tí con alegría, callará de amor, se regocijará sobre tí con cánticos”* (**Sof. 3:17**)

Una relación cimentada en el amor de Dios, es una relación eterna, que prevalece aún después de que nuestro cuerpo físico haya vuelto al polvo de la tierra; porque el amor permanece para siempre, aún más allá de la muerte.

Todo pecado en nosotros, existe por ausencia del verdadero amor. Mentimos a alguien porque no amamos a Dios, ni a la persona a la cual le mentimos, pero la plenitud del amor de Dios en nosotros, echa fuera toda iniquidad, todo pecado aún del pensamiento.

El amar o el odiar está en nuestra voluntad; Dios nos ha dado la libertad de decidir; seremos conocidos como hijos de Dios, por el amor que emane de nosotros (**Jn. 13:35**) acordémonos que la naturaleza de Dios es el amor, por eso Satanás no puede amar ni perdonar.

No podemos separar el amor del perdón; perdonamos por amor, al Señor y a Su Palabra, porque deseamos obedecer lo que El nos manda, ya que el que le ama le

obedece. A su vez, cuando amamos, estamos deseosos de perdonar. Acá vamos a mencionar la importancia del perdón en nuestras vidas, para poder ser vasijas quebradas que manifiesten el perfume de Cristo, olor y fragancia de Su naturaleza.

EL PERDÓN

La máxima expresión de amor de nuestro Señor Jesucristo por nosotros fue cuando clavado en la cruz, con corona de espinas en Su cabeza, sangrando de Su costado, adolorido y quebrantado, exclamó: *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"* (**Lc. 23: 34**). La naturaleza de Dios es el amor y el perdón; se necesita el amor para ejecutar el perdón.

Satanás, el padre de mentira, puede falsificar o imitar lo que Dios hace en cuanto a poder, por ejemplo los milagros, las sanidades, la prosperidad económica; pero jamás podrá amar y perdonar, porque esto es inherente a Dios y a los verdaderos hijos de Dios. Cada vez que nos negamos a perdonar, estamos actuando conforme a la naturaleza del enemigo; cada vez que nos decidimos a perdonar, caminamos en la naturaleza de Jesucristo.

Consecuencias De No Perdonar

La falta de perdón conduce al resentimiento y este a su vez, lleva a la amargura. Resentimiento significa que cada vez que recordamos el incidente, volvemos a sentir dolor.

La amargura produce rencores y deseo de venganza, lo cual puede manifestarse de muchas formas. La amargura contamina a los demás, sobre todo a aquellos que escuchan las confesiones negativas de una persona amargada (**He. 12: 14-15**). La amargura es la raíz de muchos males, dolencias y enfermedades; las cuales no

son curadas simplemente al orar por sanidad, sino a través del perdón y la confesión. *“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados”.* (**Stg. 5: 14-15**).

Muchas personas, han dado cabida (han abierto puerta o libre acceso) al enemigo, a través del resentimiento. Los espíritus inmundos siempre necesitan un área de tinieblas en la vida de la persona, a través de la cual alimentarse y operar; los demonios no pueden funcionar en la luz, producto de la Vida de Jesús (**Jn. 1: 4**). Aunque se produzca una liberación de demonios, si la persona no perdona de corazón, esos espíritus volverán y el postrer estado de esta persona vendrá a ser peor que el primero (**Mt. 12: 42-45**).

Cuando alguien hace algo (aunque sea una mala mirada) que nos ocasiona daño o herida, no debemos permitir que baje de la cabeza al corazón, para que el pensamiento no se convierta en sentimiento y posteriormente en raíz de amargura. Por eso, inmediatamente debemos decidir y disponernos a perdonar y pedir al Señor que sane nuestras memorias (**He. 9:14**).

Muchas personas padecen enfermedades serias, crónicas, severas; permanecen en continuo tratamiento médico, otros han recorrido todos los especialistas, naturistas y demás, buscando cura a su mal; pero su sanidad vendrá cuando haya perdón y por tanto salud en su alma y por ende en su cuerpo. La Vida de Cristo está en el interior de todo hombre (varón o mujer sin importar la edad) que haya decidido reconocer a Jesucristo como salvador de su alma. Esa vida mana salud, restauración, gozo, paz. Sin embargo, si el alma está llena de

resentimiento, dolor, rechazo, heridas, rencores, amarguras; existe un bloqueo para que la Vida de Dios pueda emerger desde el interior. Esto viene a ser como un manto denso de tinieblas, que no le permite a la Luz, a la Vida, a la Salud, traspasar los linderos del alma (pensamientos, sentimientos y voluntad humana) y manifestarse hacia el cuerpo físico. Es necesario despojarse de ese manto de luto, a través del perdón, para que venga la libertad, el gozo, la paz al brotar la Vida que trae salud. Es necesario que la vasija de barro sea quebrada, para que la luz sea vista.

Una de las enfermedades que más típicamente proviene de la falta de perdón, es la relacionada con los huesos, tales como artritis, reumatismo, osteoporosis. La unción (la Vida misma de Dios) está en los tuétanos, en el interior de los huesos, en la médula ósea, donde se forman los glóbulos rojos de la sangre. La obediencia trae vigor a los huesos y un manantial de agua viva desde el interior (**Is. 58:11**); mientras el pecado sin confesión seca los huesos (**Sal. 31:10**).

Todos Necesitamos Perdonar

No existe una sola persona que pueda decir "Yo no necesito perdonar"; a lo largo de nuestra existencia, todas las personas hemos sufrido agresiones externas que nos han afectado, muy a menudo estos daños o heridas han sido causados por nuestros familiares, más comúnmente por los que están o han estado más cerca de nosotros. La razón para esto es que mientras no seamos espirituales, siempre tendremos mayores expectativas de aquellos a quienes más cerca tenemos y en quienes hemos depositado nuestra confianza.

La mayoría de los hombres (varón o mujer) necesitan perdonar a sus padres; pues aunque a algunos se les dificulte reconocerlo o confesarlo, en más de una ocasión

nos hemos sentido rechazados o heridos por nuestros padres, cuando éramos niños tal vez. Toda persona cuyo padre abandonó a su madre, necesita perdonar; aquel cuya madre quiso abortarle cuando estuvo en su vientre, necesita perdonar; aquel que nunca supo quien era su papá; el hijo de adulterio; el que nació en un hogar en miseria; el que no fue deseado porque ya eran muchos niños en casa; el que nació en medio del divorcio, o que sus padres se separaron cuando él (ella) era un(a) niño(a). Todos necesitamos perdonar.

El hombre que cuando niño quiso aprender a tocar un instrumento musical, o quizás aprender un oficio o un deporte; pero su padre no se lo permitió por razones económicas o porque pensó que era una pérdida de tiempo o simplemente por machismo o por capricho; aunque este hombre no quiere reconocer su frustración o resentimiento escondido, necesita perdonar a su papá (o a su mamá).

El hombre (varón o hembra) que piensa que pudiera haber tenido un hogar en paz, si su madre se hubiera separado de su padre, quien les daba una mala vida; necesita perdonar a ambos.

El joven que observa en su personalidad costumbres, ataduras o simplemente gestos heredados de su padre o madre, los cuales él mismo rechaza y le ocasionan problema; necesita perdonar a su papá o a su mamá, según sea el caso.

El Perdón en el Matrimonio

Los resentimientos más comunes y profundos, se ven sin embargo, entre los esposos; frecuentemente nos encontramos con mujeres muy heridas, muy golpeadas (a veces hasta físicamente), resentidas, incapaces de perdonar; y aun cuando a veces se han dispuesto para

perdonar, se encuentran con que la herida ha sido tan honda, tan profunda, que sin haber cicatrizado, probablemente se infringió una nueva sobre la anterior y se convierte en todo un trauma; esto provoca temores y va debilitando la personalidad de la mujer herida.

Aunque en el espíritu no hay varón ni hembra, en el alma al igual que en el cuerpo hay características que hacen diferencia entre lo masculino y lo femenino; estas diferencias se ven acrecentadas por el ambiente en que las personas crecen y se desarrollan, por el entorno cultural y por supuesto por la influencia de espíritus, muy comunes en nuestro medio, como el "machismo". Lo cual es realmente la inseguridad del varón cubierta con disfraz de "macho" (el que grita, zapatea, reclama autoridad), esto le da la impresión al varón de que "posee" a la mujer, como si él la hubiese comprado para uso exclusivo suyo; él cree que tiene derecho para utilizarla como esclava y como objeto para saciar sus instintos sexuales. La misma inseguridad provoca celos. Los celos son un sentimiento que ciega el razonamiento ocasionando que la persona pueda llegar a imaginarse (y a acusar a la otra), todo lo que su mente enfermiza pueda concebir; llegando al punto de maltratarle con argumentos infundados, sostenidos solamente por la débil malla de su terrible inseguridad.

Un muy alto porcentaje de mujeres viven heridas, dañadas y resentidas por el mal trato de sus esposos. En otras ocasiones, quizás por la indiferencia de ellos, por la falta de aprecio. Hay una infinidad de mujeres que se esmeran en tener detalles con sus esposos, respecto a su cuidado, a su ropa, a su comida, a sus asuntos en general; pasan los años y ellos jamás reconocen ni agradecen los gestos de ella. Es posible que no lo hagan porque piensan que al hacerlo demostrarán debilidad; o tal vez porque ellos creen que todo eso es obligación de

ellas y no tienen por qué reconocerlo ni agradecerlo; o simplemente porque han sido inexpresivos toda su vida y pretenden seguir siéndolo, para no mostrar sentimentalismo. La indiferencia, es como un puñal de madera, que corta lentamente hasta las entrañas, poco a poco pero constantemente; hasta el punto que la persona no puede ni identificar que ha pasado dentro de ella o por qué ha ido perdiendo interés por su compañero(a). En este caso, también necesita perdonar, para poder decidir amar.

Es posible que el caso sea que el esposo le ha sido infiel, cuando hace un tiempo él mismo le había jurado que siempre sería sólo para ella. La feminidad de ella ha sido terriblemente mancillada, al considerar que no satisface a su esposo lo suficiente, se siente poco mujer y además de todo, se comienza a autorechazar; esto le conduce a la depresión, no quisiera ni levantarse y mucho menos arreglarse, la duda se ha acrecentado en su corazón, se ha levantado la desconfianza dentro de ella; piensa que todos quieren hacerle daño, que cada persona en la calle sabe su situación y se burlan de ella.

Cualquiera que sea la circunstancia, si encaja con alguna de las antes mencionadas, usted necesita perdonar. Quizás su cónyuge no ha dicho ni hecho nada, pero usted siente que él (ella) le rebaja, aún sin palabras; le considera poco inteligente, que usted no está a su altura, que no le atrae ni entretiene, que no llena sus expectativas; y eso le ha provocado una herida callada, silenciosa pero sangrante. Necesita perdonar desde lo profundo de su corazón

Sea el varón o sea la mujer quien ha sido herido(a) y está necesitado(a) de sanidad; en ambos casos la receta es siempre la misma: ¡perdonar! Entre los cónyuges, la expresión del amor verdadero, puro, duradero (el amor de Dios) comienza con el perdón; tiene que ser totalmente

limpiado nuestro corazón de grietas, sanado de heridas, para que pueda comenzar a manifestarse el amor con sus múltiples demostraciones afectivas, de ternura, cuidado, cariño.

Tanto la decisión de perdonar como la de amar llevan consigo quebrantamiento del hombre exterior; negación y humillación.

Perdón A Todo Nivel

Hay un perdón que cuesta sobremanera y es el perdón a nosotros mismos. La falta de autoperdón tiene su asiento en el autorechazo y en la falta de aceptación propia. Esto abre puerta para que tenga éxito la acusación del enemigo (**Ap. 12: 10**), logrando muy fácilmente víctimas de la condenación. La condenación nos saca del ámbito de la gracia del Señor.

Perdonarnos a nosotros mismos requiere de dos acciones básicas: 1- Recibir convicción plena del perdón de Dios para con nosotros; saber que El lanzó todos nuestros pecados e iniquidades al fondo del mar para no acordarse más (**Mi. 7:19, Is. 43:25**). 2- Reconocer que por el mérito de la Sangre preciosa de Jesucristo derramada en la cruz por nosotros, fuimos "Aceptados por el Padre" (**Ef. 1:6**).

Si Dios mismo nos ha perdonado y nos ha aceptado ¿Quiénes somos nosotros para no hacerlo? Necesitamos recordar *que "Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús"* (**Ro.8:1**).

Aunque parezca absurdo, hay personas que necesitan perdonar a Dios; están resentidos con Dios por diversas razones, como 1- Creen que Dios les quitó a un ser querido 2- Piensan que Dios no los toma en cuenta 3- Todo les sale mal porque suponen que Dios no está con ellos 4- Han esperado en vano que sus oraciones sean

contestadas.

Para poder perdonar a Dios de corazón, necesitamos conocer Su carácter: Dios es Bueno y Perdonador, lento para la ira y Grande en misericordia. Toda buena dádiva y todo don perfecto proviene de Dios (**Stg. 1: 17, Mt. 19: 17, Nah. 1: 3,7, Sal. 145: 8-9**). No es Dios, sino el diablo quien viene a matar, a hurtar, a destruir (**Jn. 10:10**); para ello él usa enfermedad, accidentes, pérdidas, divorcios, muerte y todo cuanto pueda, porque su propósito es provocar infelicidad, destrucción. Al comprender y recibir en nuestro corazón esa gran verdad, no vamos a atribuirle a Dios características del diablo. Necesitamos saber que nuestro Dios es un Padre Amoroso que tiene cuidado de Sus hijos y que quiere lo mejor para nosotros. Aun cuando el diablo logre meter sus garras en nuestra vida y operar destrucción, robo o pérdida en ella (porque nosotros mismos dejamos puertas abiertas); nuestro Dios mete Su mano poderosa para obrar todo para bien, para formar el fruto del Espíritu, Su propio carácter en nosotros, en medio de la prueba (**Ro. 8:28**). Con esta convicción clara podemos proceder a perdonar a Dios y a pedirle perdón por haberle juzgado incorrectamente.

El Perdón: Una Decisión

El perdón es una decisión del corazón; decidimos perdonar por varias razones:1- Por amor al Señor y obediencia a Su Palabra 2- Por nuestro propio beneficio y liberación 3- Para procurar la paz con todos y evitar que brote una raíz de amargura que puede contaminar a los demás 4- Para no perder (o recuperar) la comunión, así andar en luz y obtener la limpieza de todo pecado, a través de la Sangre de Jesucristo (**1 Jn. 1:7,9**). 5- Para mantenernos en salud espiritual, emocional y física. 6- Para no mantener atada espiritualmente (incapaz para llevar ofrenda al Señor) a la persona contra quien tenemos algo (**Mt. 5:23-24**).

Nuestra carne nunca desea perdonar, pues a nuestra alma le gusta sentirse víctima y despertar lástima. El diablo se aprovecha de eso; pues él mismo lanza un espíritu de conmiseración que se alimenta de la lástima, cuando alguien exclama: "Pobrecita(o) yo, miren lo que me hizo fulano(a); me trató muy mal, me dijo todo lo que quiso". Recordemos que Satanás vino para matar, hurtar y destruir (**Jn. 10:10**). La autoconmiseración destruye, hasta llevar a la persona al punto más bajo de la depresión, a perder su estima y su imagen en Dios. En cambio, el espíritu sujeto a Dios, conduce al alma en la dirección de Dios y Su Palabra: "No importa lo que él o ella haya hecho, yo le perdono en el Nombre de Jesús y le bendigo; porque el amor de Dios está en mí y la Palabra del Señor dice que paguemos con el bien el mal y que bendigamos a los que nos maldicen" (**Mt. 5: 44; Ro. 12:14, 17-21**).

No importa la situación o condición, no interesa si queremos o no perdonar, si deseamos o sentimos hacerlo; **NECESITAMOS** perdonar, por nuestro propio beneficio. Es posible que muchos dirán "Es que usted no sabe lo que a mí me han hecho, es algo que no puedo perdonar". Yo le preguntaré en primer lugar ¿Cree usted que lo que le han hecho es más doloroso que los clavos, la cruz, la corona de espinas y la lanza en el costado? si es así, usted tiene razón. Usted está en lo correcto al decir que "usted no puede perdonar", por eso escribimos este libro, para decirle, es Cristo en usted quien va a perdonar, en sus fuerzas nunca podrá hacerlo; pero usted debe darse cuenta de que necesita perdonar y tiene que hacerlo, pues es su única opción para ser libre y feliz. Usted lo decide por amor a Jesucristo que dio Su Vida por usted, para que usted se apropiara de ella y la dejara fluir a través suyo, en amor y perdón. Una vez tomada la decisión, El pondrá en usted (por su obediencia) el querer como el hacer de Su perfecta voluntad (**Fil. 2:13**).

¿Cuanto perdonar?

Usted puede decirme, "pero es que siempre vuelve a hacerme lo mismo, una y otra vez; siempre le estoy perdonando y repite su comportamiento; ¿hasta cuándo voy a perdonarle?" Es muy claro y sencillo: Hasta setenta veces siete.

"Entonces se le acercó Pedro a Jesús y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete" (Mt. 18: 21-22). "Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas" (Mt. 6: 14-15). Lo anteriormente expuesto es una ley espiritual; la Biblia nos dá promesas y cada una va precedida de una premisa; esto constituye una ley espiritual, la cual no puede ser alterada ni quebrantada.

Quiero decirle mi amado lector, que lo que acá escribo para usted, lo cual no es nada nuevo, sino extraído de la Palabra de Dios, no es mera teoría; puedo compartirlo con autoridad, porque he tenido que aplicar esta Palabra a mi propia vida. Quisiera narrarle una experiencia real; que constituye tal vez una de las situaciones más difíciles que me ha tocado enfrentar, en relación al perdón.

Por allá de 1,995, mientras vivíamos en La Lima, Honduras, nos reuníamos una vez por semana, jueves por la noche, en nuestra casa de habitación, para compartir la Palabra del Señor y ministrar a las vidas necesitadas. Era tan hermoso lo que Dios estaba haciendo, que fue necesario remover paredes y realizar cambios en la estructura física de la segunda planta de nuestra casa, para poder albergar a la gran cantidad de personas que allí se daban cita. Había un verdadero

avivamiento, el Espíritu Santo se hacía siempre presente, sanando, liberando, trayendo gozo y vida. De manera que llegó un momento en que aquel salón no podía contener la cantidad de personas sedientas de Dios. Dispusimos alquilar un local, donde hubiera más espacio y comodidad; pero a la vez, vimos la necesidad de organizar funciones y delegar autoridad.

Fue así como el 8 de febrero de 1996, inauguramos el local de Iglesia Piedras Vivas, bajo la cobertura del Ministerio Un Nuevo Amanecer; los siervos del Señor John y Rene Parault estuvieron presentes para bendecirnos y ungir al grupo de ancianos que estaría al frente de la congregación. Entre este grupo de líderes figuraba un varón que tomaría la responsabilidad de apacentar las ovejas. Cuando él se trasladó a vivir a La Lima, me ocupé personalmente de prepararle su habitación, buscando lo mejor, considerándole siempre un siervo.

Al poco tiempo, comenzamos a notar un cierto antagonismo entre él y mi persona, incluyendo choques en la enseñanza, hasta que hubo rebeldía manifiesta de su parte. Era martes, y desde temprano de la mañana el Espíritu Santo de Dios me mostró que me esperaba un día difícil, que tendría una confrontación desagradable en la reunión de esa noche; mi primera intención fue huir, simplemente no ir a la reunión, pero el Espíritu Santo habló clara e inmediatamente: “Te quiero como oveja llevada al matadero, estarás allí, pero no se abra tu boca para defenderte ni justificarte”.

Al llegar a la reunión el ambiente se sentía espiritualmente hostil, mi corazón palpitaba aceleradamente en espera de lo que habría de pasar. Terminó la alabanza y aquel varón que ocupaba el puesto de Pastor comenzó a hablar; con mucho detalle y en forma grotesca describió el espíritu de Jezabel, en toda su

perversidad, hizo una pequeña pausa y añadió frente a toda la congregación: “La Hna. Emma Amelia tiene ese espíritu, y si usted quiere escapar de la muerte, tiene que salir de aquí hoy mismo; ¡sígueme!” “Y luego continuó dando su número de teléfono y gritando otras cosas, que ya no alcanzamos a oír, porque estaba siendo conducido escaleras abajo por los hermanos que se levantaron para detenerlo. En medio del dolor y el terrible silencio, se escuchó el grito sollozante de una jovencita que tanto me amaba, otros oraban en lenguas y muchos me miraban a mí y a mi esposo esperando nuestra reacción; sólo tenía algo fijo en mi mente y mi corazón: “No debía abrir mi boca para justificarme”.

Aquella noche él regresó a dormir a su habitación, donde escribió rótulos con tinta roja sobre los diferentes cuadros decorativos, con mensajes bíblicos que colgaban de las paredes. Mi único deseo era que él se fuera de la ciudad, yo no sabía lo que sentía en mi corazón tan adolorido y una vez más quebrantado. Pensaba para mí misma ¿Por qué tienen que acontecerme tantas situaciones terribles como ésta, y cada vez peores, y más humillantes? Sólo había una respuesta, Dios no había terminado Su proceso de quebrantamiento conmigo, probablemente yo era hecha de una arcilla tan dura, que necesitaba martillos especiales para romper el cántaro.

Sabía que debía perdonar, en oración expresé al Señor que me disponía a perdonar a este varón, pero no queriendo confrontar mucho mis emociones interiores no expresadas; sencillamente pensaba que lo que él había hecho era tan fuerte que no se le podía seguir considerando un hijo de Dios; prefería omitir el tema, ignorarlo y simplemente no orar por él, porque no sabía ni como hacerlo. Pasó el tiempo, el incidente quedó en el cajón del olvido y nunca más se mencionó.

A mediados de 1998, un sábado temprano por la

mañana, en que habíamos convocado para ayuno y oración, decidí llevar un cassette que Dios había puesto en mis manos en esos días, con una predicación del Pastor César Castellanos sobre el perdón, donde él narraba una experiencia personal que había tenido en relación a un político que le había hecho mucho daño. Puse un trozo de la predicación del cassette para que los hermanos escucharan, y luego les dije: Es necesario que antes de este ayuno y oración, cada uno se disponga a perdonar de corazón a todo aquel que en algún momento le haya dañado, para que podamos estar libres para clamar por la liberación de otros. Comencé a dirigirles en oración, para que cada uno fuera limpiando su corazón; para sorpresa mía, me encontré llorando copiosamente, desgarrando mi corazón delante del Señor, dándome cuenta que en verdad no había perdonado aquella ofensa; seguí como Dios me ayudó, hasta que pude sentir liviano mi corazón, clamando con libertad la bendición para aquel varón, que seguía siendo hijo de Dios, y por consiguiente mi hermano.

Es increíble como ocurren las cosas en el mundo espiritual: Unos días después, recibí una llamada de este hombre de Dios diciéndome: “Estuve grave del corazón, a punto de morir, en agonía y angustia, pero le clamé a Dios que no me dejara morir sin pedirle perdón a usted por lo que hice, que yo no quiero condenarme”. Fue algo maravilloso, puedo decirles con seguridad, que me alegré tanto de escuchar su voz, y que pude hablarle: “ya lo he perdonado de verdad”, y luego le bendije en el nombre de Jesús.

5. EL GOZO

El Gozo es una condición del espíritu del hombre, cuando está saturado por el Espíritu Santo de Dios. El gozo no desaparece por ninguna circunstancia, no es una alegría pasajera, sino una condición constante y permanente, que brota desde adentro.

Muchas personas cristianas suelen decir: “Tal cosa o tal persona me robó el gozo, o me hizo perder el gozo”. Decir esto sería decir “Me quitó a Dios, o me hizo perder a Dios de mi corazón”, ya que Dios es el fruto del Espíritu: Amor, gozo, paz. Así como Dios es amor, también Dios es gozo. No podemos separar a Dios de Su Nombre (Su naturaleza, Su personalidad, Sus atributos y características).

Todo aquel que ha recibido a Dios en su corazón, ha recibido todo lo que Dios es, pero necesita el quebrantamiento del alma, del barro, de lo natural y humano, para que brote y fluya lo espiritual, lo divino, todo lo que Dios es. El gozo es tipificado por el vino de la uva; porque al igual que nuestro corazón, las uvas necesitan pasar por el machacamiento del lagar para que se produzca.

La alabanza es parte de la manifestación del gozo, cuando esta brota de un corazón sincero. El gozo es la fortaleza de nuestra vida; es la condición que nos permite soportar el quebrantamiento, sin que nos dominen los sentimientos o las emociones.

El apóstol Santiago nos dice de parte de Dios, a través de la Biblia: “Hermanos míos, tened por sumo gozo

cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna”.

Debemos considerar que la Biblia dice que “El fruto del Espíritu es”, no habla de “Los”, sino en singular; esto quiere decir que el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la mansedumbre, la benignidad, la templanza, la bondad, la fe, todos son características de un mismo fruto; unos están interrelacionados con los otros, siendo partes de un todo.

Es imposible separar la paciencia de la paz, o la mansedumbre de la benignidad. Por eso, el apóstol nos habla de gozarnos en las pruebas, sabiendo que esto fortalecerá la paciencia en nosotros, pero él sabe que la paciencia ha de complementarse con el resto, para que nosotros así seamos maduros, cabales, completos que nada nos falte, al tenerlo todo en El.

El enemigo tratará por todos los medios de impedir nuestra bendición, enviará ladrones, destruidores, provocadores de contiendas y divisiones, para que reaccionemos humanamente, con enojo, haciendo nuestra propia justicia a la manera que nuestra mente lo entiende. Pero el Espíritu Santo a través de Santiago nos prepara para que consideremos causa de gozo, el encontrarnos en diferentes pruebas.

Me llama la atención ver que Santiago nos da una orden imperativa: “Tened por sumo gozo”; para nosotros no hay opción, no dice que si queremos gozarnos, o si nos parece bien, o si estamos de acuerdo. La palabra sumo implica: máximo. De manera que cuando la prueba comience, nuestra reacción inmediata deberá ser “tenerla por el mayor gozo posible”.

Debemos entender que el gozo no depende de las circunstancias agradables que nos envuelven; todo lo contrario, el gozo se fortalece en la adversidad.

Es necesario examinar nuestra actitud y reacción; es posible que tengamos un temperamento extrovertido y efusivo; y cuando las cosas están bien en casa, cuando el (la) esposo(a) ha estado en armonía con nosotros, cuando los niños han sacado buen reporte en la escuela, cuando las finanzas han mejorado, estemos dando saltos y brincos; en la alabanza en la iglesia, hasta danzamos y gritamos con alegría. Pero cuando llega el día de la prueba, el (la) esposo(a) se peleó con nosotros o hizo lo que nos desagradó, nos llamaron de la escuela por un problema con los niños, el carro se arruinó y no había dinero para repararlo, tuvimos problemas en el trabajo entonces, si en la reunión de la congregación nos invitan a pasar al frente, decimos que no, que no tenemos nada para compartir; todos nos notan que andamos alicaídos, el semblante gris; aunque la alabanza esté muy ungida, nosotros no podemos ni levantarnos de la silla, sintiendo tristeza y opresión. Si esa es nuestra situación, ciertamente la vasija de barro necesita ser quebrantada por la mano del Alfarero, para que se produzca el gozo en nosotros. El vino (Gozo) es la mejor receta contra la amargura (**Pr. 31:6**).

En cada promesa de restauración, Dios incluye el vino, el mosto, los lagares llenos, como signo de gozo, de regocijo, de plenitud. En el Nuevo Pacto, El mismo nos manda a renovar los odres (los recipientes, las vasijas) para derramar Su vino nuevo, Su mejor vino; el gozo producto de la unción libertadora de este último tiempo. Al desear el gozo en nosotros, sobrevendrá la prueba, lo cual es necesario, como una oportunidad que Dios nos da para que reaccionemos con sumo gozo.

Vasijas de Barro

6. LA PAZ

Jesucristo dijo: *“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da”* (Jn. 14:27). La paz de que hablaba nuestro Señor no se refiere a la ausencia de guerra, ni a quietud o silencio externo, sino que habla de una paz que sobrepasa todo entendimiento, la misma paz de Dios, la cual guarda nuestros pensamientos en Cristo Jesús (Fil. 4:7). Este profundo concepto de paz permanente *“Y el mismo Señor de paz os dé siempre paz en toda manera”* (2 Ts. 3:16), incluye tres aspectos muy importantes:

1- La reconciliación del hombre con Dios, a través de la Sangre de Jesucristo, pues el hombre era enemigo de Dios por causa de su desobediencia en el Huerto del Edén. *“Y por medio de El reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz”* (Col. 1:20). *“Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación”* (2 Cor. 5:18-20). *“Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os he reconciliado”* (Col. 1:21).

2- La reconciliación del hombre consigo mismo, o sea el establecimiento de su orden interior, la armonía de todo su ser. en un solo cuerpo; *“Y la paz de Dios gobierne en*

vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados y sed agradecidos” (Col. 3:15). “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 5:23).

3- La reconciliación del hombre con el hombre, por el Espíritu Santo. *“Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación” (Ef. 4:3-6).* Es necesario conocer experimentalmente la profundidad de la paz de Dios en nosotros, esto trae consigo el reposo, el descanso en Dios, humillarnos para depender de El solamente; el echar sobre El toda ansiedad, teniendo la certeza de que El tiene cuidado de nosotros. *“Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 P. 5:6,7).* No podemos vivir una vida en el Espíritu si no experimentamos Su paz en las tres dimensiones antes mencionadas. Para entender un poco mejor la magnitud de ello, hablaremos brevemente del interior del hombre, y como él se salió originalmente de su paz.

El Dios de paz santifica por completo todo nuestro ser. La palabra griega “Shalom”, que se ha traducido al español como “paz”, realmente tiene un profundo significado, mayor que el significado en el diccionario de la lengua española, de la palabra “paz”. Quiere decir “llevar a un todo”, “poner en unidad o en armonía”.

Todo nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo necesita ser salvado (liberado, restaurado) para entrar en paz, es decir, para que nuestro ser funcione armónicamente como un todo. Si nos conformamos con tener la vida de Dios en nuestro espíritu, es decir, sólo la regeneración espiritual, sin la expresión de la vida, no seremos vencedores

reinando con Cristo; Dios nos ha llamado a proseguir hasta la meta, hasta el fin de nuestra fe, que es la salvación de nuestras almas (**1 P. 1:9**); porque dice el Señor en Su Palabra, que el que persevere hasta el fin, ese será salvo. que *“Al que venciere y guardare sus obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones”* (**Ap. 2:26**).

Nuestra alma necesita ser liberada de nuestro propio “yo” para ser gobernada por el Espíritu Santo de Dios. Nuestro cuerpo, nuestros sentidos deberán estar sometidos, al servicio del espíritu que ya ha recibido Vida; ya los sentidos no deberán determinar nuestra conducta, ni nuestras emociones. Antes de recibir a Cristo, juzgábamos por lo que veíamos, oíamos, sentíamos, pensábamos. Pero a través de la Palabra, el pensamiento es renovado; ya no pensaremos como el hombre viejo, el hombre natural, sino con la mente de Cristo. La mente de Cristo es una mente totalmente confiada, dependiente de la Gracia de Dios, reposada y aquietada. *“En descanso y en reposo seremos salvos; en quietud y en confianza será nuestra fortaleza”* (**Is. 30:15**). *“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”* (**Fil. 4:6,7**).

Ser quebrantados es depositar toda ansiedad en Dios, esperar en El, renunciar a nuestra manera carnal o natural que quiere ayudarle a Dios a lograr las cosas que El ha prometido. Es reposar pacientemente esperando que Dios actúe. Ya que hemos dicho que el fruto del Espíritu es uno solo con diversas manifestaciones o características que están interrelacionadas, mencionaremos la paciencia; para ello, vamos a citar como un ejemplo bíblico, la situación de Abraham y Sara.

Dios le dió una promesa espiritual a esta pareja; era un milagro lo que iba a ocurrir con el nacimiento de Isaac, pero la impaciencia natural de ellos, los sedujo para que en sus fuerzas buscaran el cumplimiento de la promesa, lo cual sólo podía provenir de Dios, a Su manera. Es así que Abraham tiene relaciones sexuales con Agar, la esclava de Sara, trayendo al mundo a Ismael. A la larga, siempre tuvieron que confrontarse con el quebrantamiento; si querían vivir en lo espiritual, disfrutando de las promesas del Padre, tenían que echar fuera (al desierto) lo que era nacido de la carne, de lo sensual (relativo a los cinco sentidos), de la impaciencia, y del buen deseo de ayudarlo a Dios con obras generadas por el alma ansiosa (**Gá. 4:29-30**).

Lo sensual, la obra de la carne, también se multiplica y produce fruto, pero no el fruto deseado y esperado por el Padre; porque los frutos nacidos de la naturaleza carnal, no son permanentes, por cuanto su naturaleza es corruptible. (**Jn. 15:16; Mt. 7:17**).

En el pasado, antes de encontrarnos con Jesucristo, por lo general fuimos dados a vivir en actividad, una actividad generada por nuestra propia alma; pero cuando ya tenemos al Espíritu Santo viviendo en nosotros, hay una fuente desbordante en nuestro interior, a El hemos de oír, agradecer, obedecer y seguir. Es necesario entrar en el reposo, es decir, descansar de nuestra propia obra, para permitirle a Dios hacer la Suya (**He. 4:10**). Muchos cristianos viven cansados y fatigados de pelear contra sus instintos e impulsos, pero sin permitirle a Dios que opere hasta el interior; que con Su Palabra, discierna hasta las intenciones de nuestro corazón y haga Su extraña obra, extraña operación.

7. TIEMPO DE AMORES

“Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (Mt. 22:37).

Este verso compendia toda la ley y los Profetas; en esta escritura está condensada la obediencia; en ella se sumariza el fruto del Espíritu. Dios nos demanda ayer, hoy y por los siglos, que le amemos con toda la fuerza de nuestro ser. Ya Dios le había dicho a Moisés: *“Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Dt. 6:5).*

Es tiempo de amores para los Hijos de Dios; (sabiendo que amarle es obedecerle): *“Amarás, pues, a Jehová tu Dios, y guardarás sus ordenanzas, sus estatutos, sus decretos y sus mandamientos, todos los días” (Dt. 11:1).* Es por eso que el Espíritu Santo está manifestándose en Su multiforme sabiduría de muchísimas maneras, para que no haya nadie que se quede sin experimentar esta intimidad con el “Amado”. Es el tiempo en que El viene a buscarse a Sí mismo en el interior de Sus hijos. *“El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos (el Padre y el Hijo) a él, y haremos morada con él” (Jn. 14:23).* La palabra griega usada para “morada” denota “quedarse, estarse, permanecer”. Para aquellos que guardan Su Palabra, El viene a quedarse, a permanecer, a fundirse en amores (pacto de obediencia y fidelidad).

Los que aman a Dios, son aquellos que El antes conoció, en el Trono mismo de Dios; y fueron

predestinados para que fueran hechos conforme a la imagen de Jesucristo (**Ro. 8:28-29**). En el principio, El era la Palabra (**Jn. 1:1-4**), pero en El ya éramos, por eso fuimos conocidos por Dios (**Ef. 1:4-5**). Hemos sido enviados a esta tierra, para ser recreados en El, y fusionarnos otra vez (volvernos como éramos), en intimidad, en fidelidad, en obediencia, en amor perfecto.

Sabemos que lo ocurrido en el Huerto del Edén, con la creación del hombre, es profético y es sombra y figura de la creación de Jesucristo como Primogénito; aunque como Unigénito del Padre no tiene principio ni fin, no fue creado, sino que El es por la eternidad. En esta creación estaba incluida la Iglesia; de la misma forma que ella (la hembra) estaba en Adán *"Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó"* (**Gn. 1:27**).

El Padre consideró que "No era bueno que el Hombre (Jesús) estuviera solo" y dijo: "Le haré un complemento" (del hebreo Ezer, lo cual ha sido erróneamente traducido al español como "ayuda idónea"), que sea carne de Su carne y hueso de Sus huesos (o sea de Su misma naturaleza, a Su imagen y semejanza, tomada del Varón)". De manera que Dios hizo caer sueño profundo sobre el Postrer Adán *"Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu"* (**Jn. 19:30**). Y mientras este dormía (**Jn. 19:33**), *"Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua"* (**Jn. 19:34**). La esposa de Jesucristo es la que adquiere Su misma naturaleza, Su misma condición, mediante agua y sangre (**1 Jn. 5:6**), al ser redimida por El y limpiada por El.

Cuando Dios creó al hombre (varón y hembra) en el huerto del Edén, a imagen y semejanza de Dios los creó, con la capacidad de tener comunión íntima con Dios, de

caminar con El y hablar con El. Se alimentaban constantemente del Árbol de la Vida (Jesucristo); y estaban desnudos (transparencia, inocencia). Dios los creó para señorear sobre toda la tierra y lo que en ella se mueve. La mujer, al dejarse seducir por la serpiente, desobedeció a Dios, quiso ser como El y pretendió conocerle por sus propios medios (al comer del árbol del conocimiento del bien y del mal) y no a través de Cristo (el Árbol de la Vida). Esto trajo consigo consecuencias serias, entre ellas: "El marido se enseñorearía de ella", ella tenía ahora que someterse a él en calidad de sierva (**Gn. 3:16**), hasta que viniera la restauración a través de Jesucristo.

Cuando Jesucristo murió en la cruz por cada uno de nosotros; a través de Su sangre derramada fue saldada nuestra deuda, para que todo aquel que crea, ya no se pierda, sino que tenga Vida en abundancia; así es restablecida la comunión con Dios. Jesucristo a través de la obediencia al Padre, venció y exhibió públicamente a Satanás y sus demonios por Su muerte (**Col. 2:14,15**). O sea que adquirió derecho legal para bajar a Ultratumba y arrebatarse a Satanás las llaves del Hades y la muerte (espiritual), recuperando así el legado de "Vida Eterna" (**Ap. 1:18**), para entregarlas a todo aquel que en El crea y decida tomarlas (**Ef. 4:8-10**). Jesucristo, por el poder de la resurrección del Espíritu Santo que operó en El, fue declarado Hijo maduro (**Ro. 1:4**), con derecho a toda la herencia del Padre; recuperó el nombre de "Señor" de lo que está en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra. Pero también Cristo le otorgó a Su amada Iglesia, la autoridad, la Gracia (habilidad de El) para caminar en Su naturaleza y carácter y disfrutar Su herencia al casarnos con El (con bienes mancomunados).

El nos libertó, nos sacó de la esclavitud, para que por Su mismo amor en nosotros, pudiésemos entregarnos a

El, amarle voluntariamente; no por miedo al infierno, no por temor a la ley o al castigo, sino por puro amor; porque Cristo, el perfecto amor, ha venido a nuestro corazón para echar fuera el temor (**1 Jn. 4:18-19**).

A pesar de que Dios conoce nuestras rebeliones, nuestra idolatría (que tenemos dioses ajenos en el corazón y El no ocupa el primer lugar, el cual le corresponde por doble derecho: como Creador y como Salvador), a pesar de que El sabe que buscamos el deleite fuera de Su presencia (fornicación espiritual), El mismo le mandó a Su Hijo casarse con nosotros; podemos verlo proféticamente *"Me dijo otra vez Jehová: Vé, ama a una mujer amada de su compañero, aunque adúltera, como el amor de Jehová para con los hijos de Israel, los cuales miran a dioses ajenos, y aman tortas de pasas. La compré entonces para mí por quince ciclos de plata y un homer y medio de cebada. Y le dije: Tú serás mía durante muchos días; no fornicarás, ni tomarás otro varón; lo mismo haré yo contigo"* (**Os. 3:1-3**). Éramos esclavos del diablo, Jesucristo nos compró, pagando el precio con Su propia sangre. Nos redimió, para que le fuéramos fieles, solamente Suyos.

El término "fidelidad" es inherente a la condición del matrimonio, de esposos. Proféticamente Salomón (el Señor), nos dice *"Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas, y las doncellas sin número; mas una es la paloma mía, la perfecta mía (la Iglesia esposa)"* (**Cnt. 6:8,9**)

Nuestro Dios, dice de Su amada esposa, (esto es actual, rhema de Dios para este tiempo): *"Y la castigaré por los días en que incensaba a los baales, y se adornaba de sus zarcillos y de sus joyeles, y se iba tras sus amantes y se olvidaba de Mí, dice Jehová. Pero he aquí que Yo la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón. Y le daré sus viñas desde allí, y el valle de Acor*

por puerta de esperanza; y allí cantará como en los tiempos de su juventud, y como en el día de su subida de la tierra de Egipto. “En aquel tiempo dice Jehová, me llamarás Ishí (mi Marido), y nunca más me llamarás Baalí (mi Señor)” (Os. 2:13-23)

La mano fuerte de Dios ha estado sobre la "desposada" en este tiempo como nunca, El nos ha llevado al desierto, para hablar a nuestro corazón. Nos está tomando para llevarnos a hacer un pacto de definición y fidelidad, para que subamos desde el desierto con cántico nuevo de liberación, como en aquellos tiempos en que Israel salía de Egipto; así hoy, nos está sacando a Egipto del corazón, porque muchos nos trajimos pegados al alma, los zarcillos y joyeles (tipifican vanidad y deseo de mundo en lo escondido y profundo de nuestro interior). Pero el amor de El es tan fuerte, que nos ha cautivado y nos ha convencido para entrar en un pacto de fidelidad eterna. Hay una promesa de matrimonio seguro, porque nuestro marido, el Dios de toda la tierra, es nuestro Hacedor (**Is. 54:5**). El mismo ha dicho, que así como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará El con nosotros (**Is. 62:5**).

El desierto es un lugar seco y árido, donde Dios nos lleva (como lo hizo con Su pueblo Israel) para que aprendamos a confiar y a depender totalmente de El. Es un tiempo de prueba y tribulación donde hemos de aprender a no confiar en la circunstancia natural, sino en la promesa que la boca de El habló; el desierto es necesario para el quebrantamiento de la vasija. El propósito de Dios es despojarnos de lo que no es de Su naturaleza y Su carácter, para traernos a Su Hijo y presentarnos ante El, para desposarnos con El para siempre. El sol del desierto quema la gloria del hombre, para que sólo Su Palabra permanezca en nosotros para siempre. Esto es el fuego al que es sometida la vasija

nueva, para contener la gloria de Dios.

En el desierto se escucha una voz que grita en advertencia: *"Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane (restauración). Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá; porque la boca de Jehová ha hablado. Voz que decía: Da voces. Y yo respondí: ¿Qué tengo que decir a voces? Que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopló en ella; ciertamente como hierba es el pueblo. Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre" (Is. 40:3-8).*

Durante el paso por el desierto aprendemos a despojarnos de lo material, de todo lo temporal, para aferrarnos a lo eterno. Así como el pueblo de Israel que mientras pasó por el desierto, moraba en tiendas que movían una y otra vez, sin aferrarse a ningún lugar en particular. Nuestra seguridad estará totalmente en El. *"Porque cuando sale el sol con calor abrasador, la hierba se seca, su flor se cae, y perece su hermosa apariencia". (Stg. 1:11).* Es hermoso darnos cuenta que cuando salimos (del horno), venimos en Su carácter, en Su naturaleza, dependiendo de El. *"¿Quién es esta que sube del desierto como columna de humo, sahumada de mirra (tribulación y quebranto) y de incienso (oración) y de todo polvo aromático? ¿Quién es esta que sube del desierto, recostada sobre su amado?" (Cnt. 3:6; 8:5).*

Que precioso saber que el propósito del Padre al pasarnos por el quebrantamiento, como lo hizo con Jesús (Is. 53:10), es el de prepararnos para que seamos "la esposa", no sólo amigos o siervos (Jn. 3:29-30). *"Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo*

en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová" (Os. 2:19,20).

Convertida Para El Esposo

El pueblo de Dios, hoy día, quiere poner como excusa los errores cometidos o desorden por parte de sus líderes, para justificar su rebeldía. Pero mientras eso ocurre, hay un fuerte clamor en el corazón de Dios para con Sus hijos: *"Convertíos, hijos rebeldes, dice Jehová, porque Yo soy vuestro esposo; y os tomaré uno de cada ciudad, y dos de cada familia, y os introduciré en Sión; y os daré pastores según Mi corazón, que os apacienten con ciencia y con inteligencia" (Jer. 3:14-15)*. Sión nos habla de una condición espiritual de resurrección, adoración, amor perfecto. Sión está después del monte Calvario y deja atrás al monte Sinaí en cuanto a manifestación de gloria, de poder; Sión es espiritual, no se puede palpar, pero es real, es eterno (**He. 12:18-23**).

El Señor Jesucristo nos dá una razón más que convincente para que nos convirtamos a Su naturaleza: "Porque Yo soy vuestro esposo". Cuando eso ocurra, El nos tomará como remanente para introducirnos a Sión, lo que hemos anhelado. La relación de esposos incluye intimidad entre ambos; sólo así le conoceremos tal como El es. Muchos en el pueblo de Dios le hemos conocido de oídas, de referencias, a través de los testimonios de otros, aún mediante la lectura de la Biblia. Pero El quiere entrar en una relación íntima con Su esposa, hacerse conocer a Sí mismo, a través de Su Espíritu Santo en nosotros. El quiere escuchar la voz de "Su amada", porque para El, nuestra voz es dulce y hermoso nuestro aspecto (**Cnt. 2:14**). El es un Marido responsable, que cumple lo prometido, que sabe amar, que respeta, que nos hace libres para amar, que nos trata con ternura y delicadeza.

La Camara Secreta

El libro de Cantares, escrito por Salomón dice: *"Atráeme; en pos de Tí correremos, el Rey me ha metido en Sus cámaras; nos gozaremos y alegraremos en Tí; nos acordaremos de Tus amores más que del vino; con razón te aman"* (**Cnt. 1:4**). Jesucristo, el Rey de toda la tierra, ha bajado Sus ojos hacia nosotros, Su amada Iglesia, ¿Cómo resistir el peso de Su amor? ¿Cómo ignorar esas cuerdas de amor con que nos ha atraído hacia Su pecho (**Os. 11:4**)? ¿Cómo despreciar esas cuerdas que han caído sobre nosotros en lugares deleitosos, que nos llevan a amarle (**Sal. 16:6**)? El por Su unción hizo que el yugo de nuestra esclavitud se pudriera (**Os. 11:4; Is. 10:27, 14:25**), nos sacó del cautiverio, nos dió de comer en Su mesa, nos redimió y nos ha dado de Su propia naturaleza. ¿Cómo no amarle, si El nos amó primero y nos ha dado la capacidad de corresponderle?

El anhela meternos en Su cámara, para amarnos, para revelarnos Su carácter e impartírnoslo; para compartírnos Sus secretos, para tener intimidad con nosotros. Somos un huerto cerrado para El, debemos entregarle a El la llave, porque El viene a buscarse a Sí mismo (Su naturaleza) en nosotros; El viene a buscar Su fruto (**Gá. 5:22**) y las aguas vivas en este Su huerto (**Cnt. 4:12-15**). ¡Que podamos decirle en esta hora: "Venga mi Amado a Su huerto, y coma de Su dulce fruta!" (**Cnt. 4:16**).

8. FUNCIÓN DE LAS VASIJAS

La Palabra de Dios nos dice que somos instrumentos de guerra; que nosotros mismos somos saetas en las manos del Gran Valiente, del Guerrero por excelencia: *“Y puso mi boca como espada aguda, me cubrió con la sombra de su mano; y me puso por saeta bruñida, me guardó en su aljaba” (Is. 49:2)*. Somos armas de guerra contra las tinieblas. Vamos a meditar un poco en lo que ocurrió con un varón de Dios en el Antiguo Pacto, Gedeón, a quien Dios usó para salvar a Israel de mano de los madianitas.

Gedeón fue escogido por Dios para dirigir al ejército Israelita en su tiempo, a pesar de todas las limitantes y debilidades que él mismo le expuso a Dios: tal como su pobreza, y ser el menor de la casa de su padre.

Inicialmente eran treintidos mil guerreros, pero por temor se devolvieron veintidos mil, y de los diez mil que quedaron, sólo trescientos pasaron la prueba que Jehová les puso al llegar a la fuente de Harod. Dios quería glorificarse, por lo cual no necesitaba mucha gente para hacerlo. *“Y Jehová dijo a Gedeón: El pueblo que está contigo es mucho para que yo entregue a los madianitas en su mano, no sea que se alabe Israel contra mí, diciendo: Mi mano me ha salvado” (Jue. 7:2)*.

“Y repartiendo los trescientos hombres en tres escuadrones, dio a todos ellos trompetas en sus manos, y cántaros vacíos con teas ardiendo dentro de los cántaros” (Jue. 7:16). ¡Que extrañas armas de guerra para ir a derrotar un ejército grande y fuerte, que tenía

amedrentados a los israelitas! En nuestra lógica humana, esto no tenía sentido alguno; podría parecer hasta ridículo ver a estos hombres guerreros con una trompeta en una mano y una vasija vacía en la otra, con una candela o antorcha encendida dentro de ellas. Gedeón dió instrucciones precisas a su gente, ellos deberían hacer exactamente lo que él hiciera.

“Y los tres escuadrones tocaron las trompetas, y quebrando los cántaros tomaron en la mano izquierda las teas.” (Jue. 7:20). Podemos meditar en algo muy importante acá, y es que hasta que las vasijas fueron quebradas, pudo verse la luz de las antorchas encendidas. De esta manera simple y extraña, este pequeño gran ejército pudo vencer a los madianitas. El secreto era sencillo: Obedecer las instrucciones del líder.

Nosotros somos armas de guerra, somos esas vasijas, que deben estar vacías, vaciados de nosotros mismos, para luego ser quebrados, y pueda así ser vista la luz de Cristo, la antorcha encendida, el Espíritu Santo en el corazón del hombre. Nosotros como vasijas de barro somos valiosos instrumentos de guerra en manos del Valiente Guerrero. Para poder visualizar nuestra posición preponderante en el ámbito espiritual como vasos usados en la guerra, vamos a mencionar un poco del trasfondo de la guerra espiritual.

Guerra Espiritual

La luz y las tinieblas han estado en oposición desde el origen del universo: *“Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios (la LUZ) se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas”.* (Gn. 1:2-4). Dios mismo separó la luz de las tinieblas.

Cuando Aarón se enfrentó a Faraón, sus báculos (varas) se convirtieron en serpientes; confrontándose una vez más la luz y las tinieblas, venciendo siempre la luz; pues la culebra que salió de la vara de Aarón, devoró a las culebras que se produjeron de las varas de los hechiceros de Faraón (**Ex. 7:10-12**).

Cuando Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo; una vez más se enfrentaron la luz y las tinieblas; pero venció la Luz, a través de la Palabra (**Mt. 4:1-11**). Podemos observar en los versos bíblicos de este texto, que el diablo se sabe la Biblia, pero no la obedece; Jesús no sólo conoce la Palabra, sino que El mismo es la Palabra, porque la obedeció a lo sumo. *“En el principio era el Verbo (Palabra en acción), el Verbo era con Dios (el Padre) y el Verbo era Dios. En El estaba la Vida y la Vida era la Luz de los hombres; y Aquel Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1: 1,4,14)*.

En la cruz del Calvario se libra la batalla cumbre de la guerra espiritual entre la Luz y las tinieblas. Esta batalla definió el curso de la humanidad, el destino del hombre. Sabemos que en el principio de la creación, Dios pidió una sola cosa al hombre: Obediencia. Pero el hombre, aunque tenía todo a su favor, todo al alcance de su mano, no soportó la tentación de probar lo prohibido y "desobedeció a su Creador". El hombre perdió el señorío al desobedecer a Dios en el Huerto. Para recuperar la posición del hombre con Dios, para reconciliarlo, era necesario establecer un precedente de "Obediencia máxima". El arma efectiva en esta guerra era "Obedecer"; para obedecer es necesario "amar"; pero Jesús nos amó de tal manera, que decidió obedecer al punto de perder Su propia vida, con tal de que nosotros la ganáramos.

El sacrificio de Jesús en la cruz, impactó al mundo y a la humanidad para el resto de las épocas. Observamos

que las armas que Jesús usó fueron netamente espirituales, no usó ninguna arma material de guerra; El era y es el Príncipe de paz (la paz es un fruto del Espíritu Santo). En ese acto trascendental, Jesús arrebató a Satanás las llaves del Hades, del infierno y de la muerte (espiritual) (**Ef. 4:8-10; 1 P. 3:18-19; Ap. 1:18**).

¿Qué hizo Jesús con esas llaves espirituales que abren puertas que el diablo ha cerrado? ¿Acaso las obtuvo para devolverlas al Padre? ¡NO! Las arrebató a la serpiente antigua para entregarlas en manos de la iglesia, nosotros los que somos Su Cuerpo, para que con fe en Su Nombre, ejerzamos la autoridad que El nos ha delegado por el poder de Su sangre (**Mt. 16:18-19**).

¿Cómo es que tenemos derecho a usar esas llaves? Desde el momento que recibimos al Espíritu de Cristo en nuestro espíritu, recibimos la Vida espiritual de Dios: El Zoe de Dios, Su naturaleza en nuestro espíritu. La Sangre de Jesucristo derramada por nosotros nos hace Sus hijos y nos da entrada libre al Trono del Padre, con derecho para tomar nuestra provisión. El nos da el regalo, nosotros decidimos recibirlo o no, y luego escogemos usarlo o no.

La autoridad es nuestra, El nos la dió (**Lc. 10:19**); pero no nos forzará a usarla, es nuestra decisión o escogencia.

Todo hombre que decide recibir en su espíritu la Vida de Jesucristo resucitado, es librado (en espíritu) de la potestad de las tinieblas. En ese momento, sea que nos guste o no, sea que lo deseemos o no, automáticamente entramos en una batalla espiritual de la Luz (Espíritu Santo en nuestro espíritu) contra las tinieblas (nuestra alma acostumbrada a la vana manera de vivir) (**1 P. 2:11**). Desde que tomamos la decisión por el Reino de la Luz, empezamos a ser blanco del enemigo, porque hemos renunciado a su ejército para enlistarnos en el de

Jesucristo. Necesitamos estar conscientes de esta realidad, pero por encima de ello, hay una Verdad mayor y es que "Jesucristo nos ha dado las armas de la luz para vencer".

Armas Espirituales De Guerra

El apóstol Pablo nos dice claramente *"La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz"* (Ro. 13:12). Es una invitación a despojarnos voluntariamente de las obras infructuosas de la carne, de las tinieblas; somos nosotros los llamados a hacerlo, Jesús no va a venir a hacerlo por nosotros ni nos forzará a hacerlo. Según esta Escritura, primero nos despojaremos de las tinieblas, para poder vestirnos de las armas de luz. Recordemos que esta es una palabra que fue dada a la iglesia de Jesucristo que estaba en Roma, no es para el inconverso, no es para el incrédulo, es para nosotros, los que ya le hemos recibido.

En otra carta, Pablo le dice a los creyentes de la Iglesia de Corintios: *"Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta"* (2 Cor. 10:3-6). Esta Escritura nos habla de las fortalezas que se levantan en nuestra mente (área del alma), las cuales deberán ser derribadas, porque ellas se oponen al conocimiento de Dios, o sea a Su Palabra, a Su verdad. Hemos estado acostumbrados por muchos años, a seguir lo que nuestra mente nos indicaba; a reaccionar como el mundo, el intelecto, la ciencia, la sociedad nos enseñaba;

es por eso que al venir al Reino de la Luz, necesitamos cautivar nuestros pensamientos, someterlos para que obedezcan la Palabra de Dios y vayan siendo renovados conforme al Espíritu, no conforme a la carne o al mundo.

La Palabra de Dios irá operando en nuestros pensamientos y razonamiento, irá limpiando, lavando, transformando, renovando; hasta que la Luz haya tomado lugar en la mente también. Llegará un momento en que nuestra forma natural de pensar será la de Cristo; ya que potencialmente tenemos la mente de Cristo, pero necesitamos vivirlo a un nivel experimental. En la medida que decidimos, usamos las armas espirituales para derribar argumentos contrarios a la naturaleza de Dios, todo comienza a través de creer Su misma Palabra y actuar en ella.

En el capítulo 6 del libro de Pablo a los Efesios, del verso 1 al 9 se nos habla de la obediencia y la sujeción; del verso 10 en adelante Pablo da instrucciones adicionales para enfrentar al enemigo en el día malo ("por lo demás"). Es decir que la obediencia (amor) al Señor, a nuestras autoridades y hermanos, es el elemento espiritual "protector" contra toda asechanza del enemigo.

Luego el verso 10 nos habla de fortalecernos en el Señor y no en nuestra propia fuerza u opinión, no en el consejo del mundo, sino en El. *"Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de las tinieblas, y trasladado al Reino de su amado Hijo"* (**Col. 1:11-13**). Es importante notar que esta palabra nos habla de fortalecernos en Su poder, en toda Su gloria para que se produzca el fruto del Espíritu, nos habla de paciencia, longanimidad y gozo. Es decir que la forma de estar

fortalecidos es a través de Su mismo Espíritu Santo dando fruto en nosotros.

El verso 11 nos recomienda vestirnos de toda la armadura de Dios; en otras palabras nos dice que nos "revistamos de Cristo", para que cuando el diablo venga con asechanzas, no nos vea a nosotros sino a Cristo. Estar revestido de Cristo no sólo significa haber recibido a Cristo en nuestro corazón, sino que incluye nuestra decisión voluntaria de caminar en El (El es el Camino), hacia la estatura del Varón Perfecto. Es decir que hemos ido despojándonos de las tinieblas a través de la negación a la carne, a nuestros deseos y pasiones, a través del quebrantamiento de los vasos de barro.

Jesús dijo: *"Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida"* (Jn. 8:12). Seguirle significa negarse, tomar la cruz cada día (obediencia, hacer Su voluntad y no la nuestra) y luego podemos seguirle (Mt. 16:24); entonces tendremos la Luz de la Vida, aunque vivamos en un mundo de tinieblas.

Hemos mencionado al principio de este libro, dedicándole un capítulo especial, una arma espiritual poderosa, además de la obediencia, esta es "el amor"; aunque están íntimamente ligadas, ya que por amor obedecemos y por obediencia amamos. Es importante saber que aunque el diablo es falsificador e imitador por excelencia, hay algo que él nunca podrá hacer: amar y perdonar. El amor es la naturaleza del hijo de Dios, porque Dios es amor. Satanás no soporta el amor, porque su naturaleza es el odio, el rencor, la venganza, la amargura.

El Señor nos traslada al Reino de la Luz, pero para permanecer en Luz, es necesario amar al hermano. *"El que dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano,*

permanece en luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano, está en tinieblas y anda en tinieblas" (1 Jn. 1:9-11). No existe obediencia sin amor; obedecemos y nos sometemos por amor. El varón de Dios, da su vida en amor por su mujer; ella por amor se somete al varón que la ama, que la cuida que la cobija. Jesús nos amó hasta el punto de dar Su vida por nosotros; nosotros Su iglesia, en amor y gratitud nos sometemos y le obedecemos.

Cuando existe falta de sanidad interior; cuando están sangrantes las heridas de rechazo, hay tiniebla en nuestro corazón, hay resentimiento, falta de perdón, hay dolor y a veces amargura; todos estos sentimientos contrarios al amor y a la Palabra (Jesús), son tinieblas y por lo tanto, son alimento o carnada para el enemigo; el cual sólo puede trabajar en tinieblas. Para cerrar portillos al diablo, para desnutrirlo y quitarle derecho o acceso a las áreas de nuestra alma, debemos comenzar por perdonar y decidir amar a las personas que nos dañaron, que nos rechazaron, que nos abandonaron.

No importa que tan duro o difícil haya sido lo que nos hicieron, creo que nada será tan grave como la corona de espinas, la lanza en el costado, los clavos y la cruz; entonces, en Cristo está la capacidad para perdonar y amar; si El vive en nosotros, El ya ha derramado Su amor en nuestros corazones por Su Espíritu Santo (**Ro. 5:5**), lo que necesitamos hacer es tomar la decisión de perdonar, de ser sanados, de ser libres para amar. Entendemos que esto requiere humillación, es decir, negarnos, entregar el orgullo y decidirnos a menguar, confiando plenamente en depender de Dios para capacitarnos y fortalecernos en amor y perdón. Nuestra decisión libera la gracia (capacidad o habilidad) del Señor a nuestro favor.

Otra importante arma de guerra espiritual es la alabanza. El principio es muy sencillo. Satanás era el

encargado de la alabanza y la adoración en el cielo, cuando era un querubín, que aún no se había rebelado contra Dios (**Ez. 28:12-16; Is. 14:11-15**); cuando Luzbel pecó contra Dios, fue derribado del cielo y se le privó del privilegio de alabar y adorar a Dios; es por eso que ahora, él no soporta escuchar la alabanza a Dios, sobre todo si se hace con un corazón rendido al Padre. La alabanza es contraria a la queja o a la murmuración; una de las artimañas del diablo contra nosotros en esta guerra espiritual, consiste en lanzarnos dardos que produzcan queja y murmuración en nuestros labios y corazón. Él trata por todos los medios de lograr que nosotros los hijos de Dios, nos quejemos, protestemos, nos enojemos y que actuemos en forma contraria al fruto del Espíritu. Si él tiene éxito en este sentido, podemos decir que él ha ganado la batalla.

Cuando Pablo y Silas perseguidos por causa de lo que Dios hacía a través de ellos, fueron puestos en la cárcel; ellos alabaron y cantaron himnos a Dios, y sobrevino un terremoto que sacudió los cimientos de la cárcel y las cadenas de todos los presos se soltaron (**Hch. 16:25-26**).

Podemos concluir de lo anterior, que son armas espirituales: El amor (y el perdón) y todo el fruto del Espíritu (**Gá. 5:22**), la obediencia, la Palabra de Dios que renueva nuestra mente, la humillación, la alabanza.

La Armadura de Dios (Ef. 6:10-20)

Si nosotros como vasijas de barro somos llamados a ser instrumentos de guerra, necesitamos conocer lo que Dios dice en Su Palabra, acerca de la protección y cobertura en la guerra.

Quiero enfatizar que Pablo insiste en que nos vistamos de "toda" la armadura, para poder estar firmes en el día malo. La razón por la cual él nos recomienda hacerlo, es por la clase de lucha que mantenemos y

contra quien es: las fuerzas de las tinieblas. Cuando Pablo habla de la armadura, usa la palabra griega "panoplia" que se refiere a la armadura del soldado romano; recordemos que Pablo estaba en arresto domiciliario y esposado (encadenado) veinticuatro horas al día a un soldado romano.

Efesios 6 nos habla de cinco artefactos defensivos o de cobertura y un arma ofensiva. Las partes protectoras o defensivas son:

- 1- La Verdad que ciñe nuestros lomos
- 2- La coraza de Justicia
- 3- El apresto del Evangelio de la Paz para nuestros pies
- 4- El escudo de la Fe
- 5- El yelmo de la Salvación.

El arma ofensiva es la espada del Espíritu (La Palabra).

Además habla de un elemento muy importante, la oración intercesora (en el Espíritu) por los santos.

El cinturón de la verdad: La verdad no puede apartarse de nosotros, ni nosotros de ella, porque Jesús mismo es la Verdad, El dijo: *"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida"* (Jn. 14:6). Su Palabra es verdad y es la que nos liberta. La verdad en la vida del hijo de Luz, es fruto de la obra del Espíritu Santo en su vida. *"Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad)"* (Ef. 5:8-9). *"Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad"* (Ef. 4:24).

La coraza de justicia, nos habla de protección par nuestro pecho. La Biblia nos dice que la justicia es un fruto apacible producido por la disciplina que Dios ejercita

en nuestras vidas (**He. 12:11**).

Las sandalias o apresto de la armadura romana, dice que sean llevadas por el que proclama las buenas nuevas (Jesús, el Evangelio), pero dice del "Evangelio de la paz". Sabemos que el evangelio de Jesucristo trae paz y reconciliación entre Dios y el hombre; esa es la paz principal que necesitamos; pero también la paz es un fruto del Espíritu; la guerra espiritual se lleva a cabo en paz y en reposo; además, el soldado del ejército del Señor deberá ser un "pacificador".

El escudo de la fe, se refiere a un escudo romano, que cubría desde la frente hasta las rodillas; nos habla de la cobertura en fe, para que todo dardo que el enemigo lance, sea apagado, al encontrarse con la resistencia de una vida en fe. La fe es mencionada también como fruto del Espíritu Santo (**Gá. 5:22**). Uno de los dardos de fuego del maligno es la decepción, el desánimo, la derrota, la duda pero todo ello se disipa ante la fe de Dios fluyendo en nosotros.

El yelmo de la salvación, es un casco espiritual que cubre nuestra mente, para mantenerla en liberación y salud (salvación); de manera que cuando Satanás quiera atacarnos, lanzando ideas y pensamientos contrarios a la naturaleza de Dios; estemos protegidos y cubiertos, con una mente renovada que sabe a quien debe someterse.

La espada del Espíritu es la Palabra de Dios, esta es muy cortante, separa en nosotros lo que es del alma de lo que es del espíritu. Discierne aún las intenciones del corazón, nos confronta con nuestras motivaciones. O sea que, antes de agredir al enemigo, la primera función que debe realizar la Palabra (espada que usa el Espíritu Santo) es cortar nuestra carnalidad, circuncidar nuestro corazón.

La Oración Intercesora

Mencionaremos que “Jesucristo es el único intercesor (mediador) entre Dios y los hombres” (**He. 7:24-25 - 1 Ti. 2:5**). El se puso por nosotros, para que el Padre no viera nuestro pecado, sino que al verlo a El (santo, inocente, puro, sin mancha ni arruga) (**He. 7:26**), el Padre tuviera misericordia de nosotros.

Todo creyente, nacido de nuevo, tiene dentro de El al “Intercesor Perfecto”, al que vive para interceder por los santos y por los hombres en general, para que estos lleguen al conocimiento de la Verdad. Debemos entender que las características no son de nosotros, sino de Jesucristo, el Justo, el Sublime, el Santo, el Perfecto.

Cuando Pablo habla de hacer oración por otros (intercesión), él especifica que sea hecho en el Espíritu Santo. Si oramos por otros, en nuestro entendimiento, vamos a pedir conforme a los deseos o prejuicios de nuestra alma. Cuando oramos en el Espíritu, podemos estar seguros que lo haremos dentro de la voluntad de Dios, que lo haremos en amor y no en acusación. Muchas veces nosotros oramos para presentarle a Dios la situación de algún hermano, pero porque no lo hacemos en amor, nos convertimos en acusadores de los hermanos.

El creyente que intercede, deberá hacerlo en la naturaleza de Jesucristo: amor, gozo, paciencia, paz, templanza, bondad, fe, humildad, justicia, benignidad, mansedumbre. Al interceder es muy importante la obediencia. Muchas veces experimentamos en nuestro espíritu la urgencia de orar por algo o por alguien, debemos obedecer, dejar lo que estemos haciendo y concentrarnos en orar, bajo la guianza del Espíritu Santo.

Se ha enseñado erróneamente, que el intercesor debe de ser alguien puro y perfecto, entonces nadie oraría por

los demás, puesto que Jesús es el único Perfecto y sin mancha; el único requisito es que sea alguien dispuesto a obedecer, despojado de sí mismo, que tenga amor por los demás, que esté en el camino de la santidad y la perfección.

El Guerrero Espiritual, Un Vaso Rendido

El título de “Guerrero” tiende a confundirse con características naturales, como ser un temperamento agresivo o combativo. Muchos en la iglesia creen que ser un guerrero espiritual es tener un llamamiento especial de Dios, o es un ministerio particular. Es necesario aclarar, que el "Gran Guerrero, el Varón de Guerra" Jesucristo, vive en nosotros.

¿Qué hace que alguien se convierta en un guerrero? la fe en la Palabra del Señor, para tomar posesión de las llaves que El nos dió, de la autoridad que El nos delegó y de la promesa que El dejó “que si dos de nosotros nos pusiéramos de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidiéramos, nos será hecho por Su Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en Su nombre, allí está El en medio de nosotros” (**Mt. 18:19,20**). *“De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”* (**Mt. 18:18**). Realmente los tiempos de los verbos usados en el original griego, están en pasado y expresan que: Todo lo negativo (tinieblas) ya fue atado en los cielos y que toda la Luz y la Verdad han sido desatados desde los cielos (a través de la muerte de Cristo en la cruz); que nosotros sólo tenemos que ponernos de acuerdo aquí en la tierra, dos o tres, para ejercer la autoridad que El nos dió, usando la llave (fe) que activará todo lo que El ya hizo en el espíritu.

Para ser guerrero(a) no se necesita ninguna

característica ni habilidad particular; sólo es necesario creerle a Dios y obedecer Su Palabra. Oramos o proclamamos Sus verdades en la oración o la proclamación profética (o profesión) de la Palabra. Sabemos que por el poder de la Palabra (Jesús) todo el universo fue creado en el principio; sabemos que cuando la Palabra es enviada, no regresa vacía, sino que produce aquello para lo cual fue enviada. Lo único necesario es que la proclamemos creyendo y no dudando. Pero aún la fe no es de nosotros, sino que proviene de Dios y es avivada o activada por el uso de la misma.

Todo creyente está llamado a ser un guerrero dentro del ejército del Señor, en contra de las tinieblas; porque bien dice Pablo que "tenemos lucha contra principados, potestades, gobernadores y huestes espirituales de maldad en las regiones celestes"; note que no dice que Dios tiene lucha, dice que nosotros tenemos la lucha.

Como pueblo del Señor Jesucristo no podemos permanecer pasivos ni a la defensiva solamente; debemos tomar una acción, una actitud de avanzada. Entendamos bien que Jesucristo formó a la Iglesia para que a través de ella se le diera a conocer a los principados y potestades en los lugares celestiales, la multiforme sabiduría de Dios (**Ef. 3:10**).

Quisiera agregar a esto, lo que dice: "*Mejor es la sabiduría que las armas de guerra*"(**Ec. 9:18**). La misma Palabra dice que el principio de la sabiduría es el temor a Jehová. Una vida con temor de Jehová, es alguien que no va a pecar voluntariamente; esto nos da la seguridad de andar en luz.

Quisiera dejar establecido que La Luz (naturaleza de Jesús) es suficiente para disipar las tinieblas. En Jesucristo estaba la Vida y esta era la Luz de los hombres, por eso El dijo con seguridad: "Viene el príncipe de este mundo (diablo o Satanás) y él nada tiene en Mí"

(Jn. 14:20). Es decir que no encontraría desobediencia ni pecado alguno en El, para atacarle por allí.

Pablo dijo claramente a los romanos: *"Vuestra obediencia ha venido a ser notoria a todos, así que me gozo de vosotros; pero quiero que seáis sabios para el bien, e ingenuos para el mal. Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies"*. **(Ro. 16:19-20)**.

Todo lo expuesto en estas últimas páginas se traduce en "Obediencia" a Dios y a Su Palabra; eso nos dará la victoria que ya fue obtenida por nuestro Señor Jesucristo en la cruz. Es mi anhelo, que lo escrito acá traiga liberación a su vida, que sea despojado(a) de todo temor al enemigo, para que se pare en la Verdad, en Luz y pueda tener una visión clara y más amplia de esta tremenda guerra que se libra en los aires desde los orígenes; pero que terminará totalmente con la victoria de nuestro Capitán y nosotros Sus santos, venciendo por la Sangre del Cordero y la Palabra de nuestro testimonio.

Vasijas de Barro

9. USO DE LAS VASIJAS

En relación a lo que comentamos en la introducción de este libro, vamos a tocar el tema del uso para el cual son elaboradas las vasijas; aunque mencionamos que algunas pueden contener agua en algún momento, luego pueden ser recipientes de vino y después de aceite. Nada impide que una vasija pueda ser de usos múltiples.

Vasijas Para Aceite

En relación a las vasijas de barro que contienen aceite, la Palabra nos habla de una experiencia del Profeta Eliseo con una mujer viuda: *“Y Eliseo le dijo: ¿Qué te haré yo? Declárame que tienes en casa. Y ella dijo: Tu sierva ninguna cosa tiene en casa, sino una vasija de aceite. El le dijo: ve y pide para ti vasijas prestadas de todos tus vecinos, vasijas vacías, no pocas. Entra luego, y enciértrate tú y tus hijos; y echa en todas las vasijas, y cuando una vasija esté llena, ponla aparte. Y se fue la mujer, y cerró la puerta encerrándose ella y su hijo; y ellos le traían las vasijas, y ella echaba el aceite. Cuando las vasijas estuvieron llenas, dijo a un hijo suyo: Tráeme aún otras vasijas. Y él dijo: No hay más vasijas. Entonces cesó el aceite” (2 R. 4:2-6).*

En lo natural, podemos ver el milagro multiplicador de Dios, mientras existieron vasijas vacías; cuando se terminaron los recipientes, cesó el aceite. Visto para nuestras vidas, entendemos que somos vasijas, vasos “vacíos” disponibles, y que mientras haya espacio, siempre habrá unción para llenarnos. Vamos a comentar un poco acá sobre la relación entre el aceite y la unción

del Espíritu Santo, para que capturemos mejor el sentido espiritual de la multiplicación del aceite.

La Unción

La Palabra “ungir” significa “untar, frotar con aceite”. El aceite de la unción de que habla el Antiguo Testamento es sombra de la unción del Espíritu Santo, Su misma esencia y Su naturaleza en nosotros.

Ungido significa: Escogido, Enviado, Mesías. Cuando se escogía o se enviaba a alguien a cumplir una misión, se confirmaba su escogencia al derramar aceite sobre su cabeza. Así podemos leer en relación al "Ungimiento de Aarón" (**Lv. 8:10-12**); al "Ungimiento de Saúl" (**1. S. 10: 1**); al "Ungimiento de David" (**1 S. 16:13**).

Dos Tipos De Unción

1. La unción que depende del Espíritu Santo, viene de arriba hacia abajo, no importa la condición espiritual de la persona, Dios respalda Su Palabra. Es una autoridad delegada por Dios, para beneficio de muchos que van a recibir a través del vaso usado. Acá hablamos de "Dones". Esta unción es externa, para colocar sobre los utensilios y las personas. *“Habló más Jehová a Moisés, diciendo: tomarás especias finas: de mirra excelente quinientos siclos, y de canela aromática la mitad, esto es, doscientos cincuenta, de cálamo aromático doscientos cincuenta, de casia quinientos, según el siclo del santuario, y de aceite de olivas un hin. Y harás de ello el aceite de la santa unción; superior unguento, según el arte del perfumador, será el aceite de la unción santa. Con él unguirás el tabernáculo de reunión, el arca del testimonio, la mesa con todos sus utensilios, el candelero con todos sus utensilios, el altar del incienso, el altar del holocausto con todos sus utensilios, y la fuente y su base. Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo lo*

que tocare en ellos, será santificado. Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que sean mis sacerdotes. Y hablarás a los hijos de Israel, diciendo: Este será mi aceite de la santa unción por vuestras generaciones. Sobre carne de hombre no será derramado, ni haréis otro semejante, conforme a su composición; santo es, y por santo lo tendréis vosotros. Cualquiera que compusiere unguento semejante, y que pusiere de él sobre extraño, será cortado de entre su pueblo. Dijo además Jehová a Moisés: Toma especias aromáticas, estacte y uña aromática y gálbano aromático e incienso puro; de todo en igual peso, y harás de ello el incienso, un perfume según el arte del perfumador, bien mezclado, puro y santo” (Ex. 30:22-35).

2. La unción de santificación, está dentro del siervo, producto de olivas machacadas (quebrantamiento, dolor, negación), por la que hay que pagar un precio, negación; esta unción es permanente; no se mide por lo que se siente, sino por lo que Él hace en nosotros. Esta nos guía y dirige, nos enseña todas las cosas relacionadas al Padre. (1 Jn. 2:20). El aceite de las olivas es para el interior de las lámparas. Para que haya luz constante. Luz en las tinieblas, para que el espíritu del hombre, que es la lámpara de Dios (Pr. 20:27), alumbré a través de su alma y su cuerpo, en la oscuridad (ausencia de Dios). “Mandarás a los hijos de Israel que te traigan aceite puro de olivas machacadas, para el alumbrado, a fin de hacer arder continuamente las lámparas. Aarón y sus hijos los pondrán en orden delante de Jehová desde la tarde hasta la mañana en el tabernáculo de reunión, fuera del velo que está delante del testimonio, como estatuto perpetuo para las generaciones de los hijos de Israel” (Ex. 27:20,21).

La unción que mencionamos primero, opera gratuitamente, como Dios quiere y le place, sin méritos de

nuestra parte. La segunda unción se adquiere, a través de pagar un precio de "Negarnos a nosotros mismos, tomar la cruz cada día y seguir el camino de Jesús".

JESUCRISTO fue él "Ungido" por excelencia, Él tenía las dos unciones antes mencionadas. Él fue Ungido por el Espíritu Santo (**Is. 61:1; Hch. 10:38; 1 S. 2:10**). Pero además, a través del padecimiento, Él aprendió obediencia y manifestó el fruto del Espíritu (Unción = naturaleza y carácter de Dios) (**He. 5:8; Is. 53: 7-12**). La Escritura nos habla en (**He. 1:8-9**) de esta unción en Jesús, que fue el resultado de "amar la justicia y aborrecer la maldad".

La unción siempre es dada con un propósito, o sea para realizar una obra específica. *"El espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí, porque me ha ungido Jehová. Me ha enviado a predicar buenas nuevas a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel; a ordenar que a los afligidos de Sión se les dé esplendor en lugar de ceniza, aceite de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado"* (**Is. 61:1,3**). Debemos respetar la unción de Dios en los hermanos (**1 S. 24:10, 26:9,11; 1 Cr. 16:22; Sal. 105:15**). Todos nosotros, los llamados y escogidos del Señor por Gracia y Misericordia, tenemos un sacerdocio en Él (Sumo Sacerdote); por tanto, somos "ungidos" (**1 Jn. 2:20, 27**), el Espíritu Santo y Su unción están dentro de nosotros; somos ungidos (enviados) con un propósito.

Es importante comprender el concepto de la unción "corpórea", o sea la unción del Espíritu Santo que se derrama cuando el cuerpo del Señor se reúne en unidad con el propósito de exaltarlo a Él. Dios envía Su unción cuando los hermanos estamos unánimes, juntos, en armonía *"¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo*

sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, la barba de Aarón, y baja hasta el borde de sus vestiduras porque allí envía Jehová bendición, y vida eterna” (Sal. 133:1-3).

El Nuevo Pacto nos habla de diez mujeres vírgenes, de las cuales la mitad eran prudentes y la mitad insensata. ¿En qué consistía la prudencia? En tomar aceite suficiente en sus vasijas, para mantener encendida su lámpara, para el momento en que llegara el esposo (**Mt. 25:4**). Esta Palabra nos habla de la venida del Señor, sabemos que las vírgenes tipifican a la iglesia, pero aunque todas son iglesia, una parte no se preparó buscando la unción del Espíritu Santo cuando era tiempo; y luego que quisieron comprar o pedir “aceite” de las sabias, ya no era tiempo, ni les podían vender. Amadas vasijas, amados cántaros de barro: el tiempo de llenarnos del aceite es ahora ¡Seamos prudentes y sabios! Hay aceite suficiente, mientras haya vasijas vaciadas de sí mismas.

Vasijas Para Agua

La Biblia nos habla de una mujer de Samaria (tipo de la iglesia gentil) muy especial, que aparece en escena en Juan capítulo 4, con un cántaro en su cintura, dispuesta a sacar agua del pozo de Jacob. Aquella mujer era rechazada en su tiempo, por su condición de samaritana, por ser mujer, y por haber sido adúltera y fornicaria. Sin embargo, ella sabía que necesitaba conocer al Mesías, al Cristo, para que este saciara su sed. Hay un misterio hermoso en esta conversación; Jesús le revela a esta mujer una profundidad sobre los verdaderos adoradores; le habla del templo espiritual, donde habita el Dios Altísimo que ha de ser adorado; nuestro espíritu.

Aquella mujer, dejó el cántaro y salió corriendo porque ahora ella misma era la vasija, ella le pedía a Jesús Agua

Viva; ahora había conocido al Cristo. El toque del Maestro y el correr de Su agua viva, la convirtió en la primer evangelista de la historia.

Somos vasijas hechas para contener el agua de vida eterna, la vida del Espíritu Santo que corre dentro de nosotros como ríos. También el agua representa Su Palabra, la cual limpia, cambia, transforma. Jesús le dijo a Sus discípulos: *“Ya vosotros estáis limpios por la Palabra que os he hablado” (Jn. 15:3).*

El propósito de Dios al usarnos como vasijas para agua, es de limpiarnos interiormente a nosotros primero. De esta manera podremos contener agua de vida, que no se contamine, para dar de beber al sediento. ¡Que delicioso es poder beber un vaso de agua fresca de un cántaro de barro! Así siente el que está sediento espiritualmente, cuando le damos a beber del agua de Vida, que habita en nuestra vasija.

Vasijas Para Vino

“Y el vino que alegra el corazón del hombre, el aceite que hace brillar el rostro.” (Sal. 104:15). El vino tipifica el gozo del Espíritu, los amores de Dios con el hombre y el hombre con Dios; es la misma presencia de Dios en una vida restaurada, que puede manifestar gozo y no amargura. *“No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu” (Ef. 5:18).* La Palabra aquí nos da una mejor receta para encontrar la paz en medio de los problemas, sobre todo porque se trata de una condición permanente; esto es lo que produce la llenura del Espíritu Santo.

En **Hebreos 3:19**, Pedro llamó a sus espectadores al arrepentimiento para que sus pecados fueran borrados. El resultado en sus vidas fue una promesa de tiempos de refrigerio que vendrían a ellos de la presencia del Señor.

Creemos que actualmente estamos en uno de esos tiempos de refrigerio. Una de las características de esta temporada es el gozo refrescante. Esto está completamente de acuerdo con el Nuevo Testamento que ve el gozo como una señal de la presencia del Espíritu en la vida del creyente (hay como 60 referencias del gozo en el Nuevo Testamento).

El pueblo de Dios sencillamente se está gozando en Él. En los tempranos días de los apóstoles, mientras ellos buscaban una palabra que pudiera comunicar a los gentiles el deleite de tener sus pecados perdonados y estar en una relación adecuada con Dios a través de la Sangre expiatoria de Cristo Jesús, ellos escogieron la palabra evangelio lo que ahora traducimos "evangelio" o "buenas nuevas". Era una palabra completamente secular que fue usada como referencia al cumpleaños del emperador. Era un día festivo, un día de buenas nuevas. Los apóstoles viajaron a través del mundo antiguo predicando que el día de la fiesta de Dios había llegado.

Estamos aprendiendo a gozarnos en Dios otra vez porque el Espíritu del Señor ha venido a nosotros a enseñarnos gracia, a través del perdón y al revelar el amor del Padre en Cristo. La segunda característica de este avivamiento, entonces, es el retorno al primer amor: Jesús. Escuchamos de todos los países y de cada rincón de la tierra, acerca de personas que se están enamorando de Jesús en una forma totalmente nueva, acerca de un nuevo amor por la Biblia, y acerca de ser llevados al cielo en forma de visiones y sueños. En los brazos de Jesús hay plenitud de gozo.

Deseo compartirle de una experiencia personal en relación al gozo. Fue por allá de 1988, cuando en algunos lugares de Honduras comenzó un fuerte mover espiritual con unción de "vino" o "gozo"; para mí era un poco extraño ver hermanos revolcándose en el piso, dando

sonoras carcajadas y actuando como si estuvieran ebrios. Yo estaba muy escéptica y le dije al Señor, “Hasta que vea a mi esposo experimentando esto, voy a creerlo”; ese reto era singular, porque mi esposo no es emocionalista, ni expresivo o sensacionalista; más bien es muy prudente y parco.

Llegó el día en que íbamos un grupo de hermanos en una gira a las montañas de Pacheco, La Paz; mi esposo no podría asistir por causa de sus responsabilidades en el trabajo que entonces tenía, pero me permitió ir a mí. Se celebraba la fiesta de las enramadas, ellos habían preparado una hermosa “Suka” en medio del cafetal. Hubo derramamiento de vino, donde todos se embriagaron en el espíritu; yo me mantuve sobria, como observando, más no así el hermano que conducía el carro que mi esposo regularmente usaba para su trabajo.

A la noche del próximo día, regresamos a casa, con mucha bendición espiritual y gozo del Señor. A la mañana siguiente que mi esposo subió al carro para conducirse a su trabajo, me preguntó ¿Qué estuvieron haciendo con el timón del carro que está todo lleno de aceite? Me quedé perpleja, fui para observarlo personalmente, y en efecto, estaba untado de aceite. Nadie lo había aceitado; la única explicación que pude encontrar era espiritual, que de las manos del hermano que había conducido el carro, habían brotado aceite, por causa de la fuerte unción que cayó sobre él la noche anterior.

Un día después tuvimos reunión general en el tabernáculo en que solíamos congregarnos; la alabanza fluyó con mucha unción, y de pronto pude observar a mi esposo tirado en el suelo (cubierto con aserrín), con gran gozo, como ebrio. ¡Que misterio! A través de la unción del aceite en sus manos (por el timón del carro), él había sido tocado por el vino y el gozo del Espíritu. El Señor me demostró que aquello era real.

Después de esto, en muchas ocasiones tuvimos situaciones espirituales tremendas en relación al gozo; una noche por ejemplo, después de la reunión tomábamos refrescos, y de pronto una hermanita, comenzó a decir que su Coca-Cola se había convertido en vino; yo misma lo comprobé, olía a vino, sabía a vino, era vino.

Por allá de 1997, me invitaron a ministrar en una congregación el El Plan, Villanueva, Cortés; nos acompañaron varios hermanos, la mayoría jóvenes; a nuestra llegada, los ujieres, que también eran jóvenes, se veían impecables y hermosos con su camisa blanca manga larga y corbata obscura. El Señor puso en nuestro corazón ministrar con banderas. Cuando llegó el compartir de la Palabra, el Señor me indicó leer **Joel 2:24** *“Las eras se llenarán de trigo, y los lagares rebosarán de vino y aceite”*; comenzó a darme un calor interior y un tremendo gozo; de pronto una de las hermanas que iba con nosotros comenzó a reírse a carcajadas y con sus ojos cerrados comenzó a poner sus manos sobre la cabeza de algunos hermanitos de la congregación. Aquello fue tremendo, los hermanos impecables terminaron enlodados, pero muy gozosos y libres.

El quebrantamiento produce libertad y pérdida de timidez; somos libres para expresarnos sin temor al que dirán.

Algo que he aprendido con estas manifestaciones, es que podemos estar seguros que vienen de Dios, cuando nos conducen al Padre; porque provocan en nosotros, no sólo una risa temporal, o gritos de júbilo externo, sino que nos atraen hacia “El Amado”, para amarle y obedecerle como El busca hoy que le adoren.

10. RECAPITULANDO

Deseo hacer un resumen de todo lo expuesto en este libro, para refrescar conceptos, para dejar impreso en el espíritu lo que debe quedar con marca indeleble.

Dios nos creó del polvo de la tierra; nuestra alma es una vasija de barro, susceptible a ser quebrada. En estas vasijas (cada uno de nosotros) depositó el Señor todo lo que El es. Casi siempre, en nuestro caminar anterior, sin reconocer a Jesús como Señor de nuestra vida, permitimos que la vasija se echara a perder. Muchas veces la vasija es tan pesada, o está tan agrietada, que no deja fluir, o bien permite que se derrame, todo lo que Dios es, que habita y mora en nuestro interior: el fruto del Espíritu.

Es necesario que las vasijas sean quebradas por las manos del Señor y nos haga de nuevo. Para que eso ocurra, necesitamos darle al Señor entera potestad de actuar sobre la vasija. El Señor escogerá la manera de quebrarnos; en algunos usará un martillo (La Palabra de Dios), para otros usará otra vasija más fuerte (trato personal a través del esposo, hermanos, el líder espiritual). El secreto de todo esto está en que la vasija no le diga al Alfarero: Ya no más, no aguanto. El Señor sabe hasta donde podemos soportar. Otro secreto importante es reaccionar con sumo gozo cuando estemos siendo quebrados, desear el quebrantamiento, anhelar el trato de hijos, sabiendo que el final de ello será para bendición, primero de nosotros mismos.

Una vez que la vasija ha sido quebrada totalmente, entonces puede fluir todo el tesoro que estaba escondido

adentro: El amor, el gozo, la paz, misericordia... en fin, todo lo que Dios es. Nos vamos a quedar maravillados al experimentar que a mayor quebranto, más poder. El poder de Dios que está dentro de nosotros no puede fluir si hay altivez en nuestro corazón, si hay egoísmo, envidia, contienda; eso sería terrible porque usaríamos el poder para aplastar a otros o para demostrar superioridad. Cuando todo eso que estorba es quebrantado, entonces puede emerger el poder de Dios.

Mi invitación es: Dispongámonos a ser vasijas quebrantadas y hechas de nuevo, para que el poder y el amor de Dios sea manifestado en su iglesia. Si casa “vasija de barro” que lee este libro, cobra conciencia de su responsabilidad, entonces seremos todo un “ejército de vasijas hechas nuevas, que cumplen el propósito y el destino para el cual fueron creadas por el Supremo Alfarero”.

Nota Final

Nuestro país, Honduras, en 1998 pasó por un desastre natural, movido por fuerzas espirituales mayores. Hay diferentes versiones y comentarios respecto al por qué espiritual del famoso huracán “Mitch” que se convirtió en tormenta tropical, azotando fuertemente toda la nación. Hubo una particularidad, este incidente no hizo acepción de personas, no respetó ni al rico ni al pobre, ni al costeño ni al capitalino; afectó lo mismo a creyentes que a incrédulos, a católicos que a evangélicos, a mormones que a Testigos de Jehová.

No voy a juzgar si la apreciación de algunos líderes espirituales es correcta o incorrecta; pero quiero expresar aquí mi sentir al respecto: Dios ha usado a “Mitch” para quebrantar vasijas de barro que necesitábamos ser confrontadas con la Palabra, con nuestro interior, para que surgiera el Tesoro escondido. Puedo atreverme a

proclamar y a profetizar, que después de esto, una tremenda bendición vendrá, un gran avivamiento, misericordia y compasión por las almas entre los que decimos amar a Dios. Dios ha escudriñado nuestro interior, para que nos demos cuenta de donde hemos estado establecidos y de quien dependemos.

Es necesario creer hoy, que muchas vasijas de barro nuevas, vaciadas de sí mismas, serán colocadas en el bodegón, listas para ser llenadas y usadas. Amado lector, ¿No le place saber que es usted una vasija quebrada y vuelta a hacer por el Gran Alfarero? Usted es vaso de honra en casa de Adonai. Deje que se llene de aceite, déjela que contenga agua fresca y pura, permítale que sea recipiente del vino nuevo, el mejor que el Padre está distribuyendo en este tiempo.

¡Declaro hoy para su vida, que el contenido de la vasija será continuamente renovado, que nunca escaseará el aceite, ni el agua, ni el vino; porque tenemos un tesoro inagotable en estas vasijas de barro!

